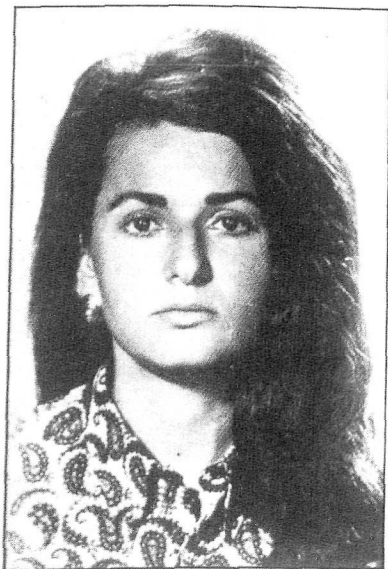


A woman with voluminous, curly hair is the central figure, wearing a long-sleeved, white, floor-length dress with a high slit on the left side. She is standing in a dark, ornate, possibly stone or metal, environment with intricate carvings. The scene is framed by a jagged, torn paper effect. The word "Atlántida" is written in a white, serif font in the upper right. At the bottom, the brand name "TIRMA BETANCOR" is written in a large, bold, white, sans-serif font. The overall mood is dramatic and mysterious.

Atlántida

TIRMA  
BETANCOR



Atlántida, “*la isleña*”, como a ella le gusta que la llamen cariñosamente, nace en Las Palmas de Gran Canaria bajo la Segunda República. “Un día —según nos cuenta— en que alguien inventó las huelgas. A eso creo que debo yo el haber salido tan indómita y contestataria”.

Sus primeros escritos fueron las redacciones de su época escolar en las que siempre destacaba de manera sobresaliente. Con el tiempo, su afición y su amor por las letras fue creciendo, al igual que una gran pasión por su tierra.

La primera publicación que vio la luz fue un libro de cartas titulado “*Canarias, Canarios y algunas cosas más*”, en el que nos habla de ilustres personajes de nuestra tierra y por los que ella siente una gran predilección.

El primer escrito que dio al público fue una carta a “*Don Jaime O’Shanahan, un canario humanista*”, aparecida en “*La Provincia*”, y que causó gran sensación hasta el punto de que Don Jaime estuvo recibiendo llamadas todo el día. Posteriormente aparece otra carta, esta a “*Lola de la Fe, auténtica paisana*”, que la impulsa definitivamente a escribir sin miedo ni rechazo a los papeles. María Dolores de la Fe le llega incluso a decir que: “observando la facilidad y espontaneidad que tienes para escribir, siento que asegures tan firmemente que ‘nunca publicarás’ ”.

**DONACIÓN**  
**Jaime**  
**O’Shanahan**

72.2513



Con verdadero  
afecto y viva sim-  
patía

ALTA ntida

NAVIDAD

27/12

ES CASI AUTOBIOGRÁFICO.

TIRMA SUÁREZ ES MI HERMANA  
LA MAYOR

DACIL, MI HERMANA LUCIA QUE ES  
CATEDRÁTICA DE FRANCÉS

MINERVA SOY YO (QUE EQUIVALE EN  
GRIEGO A PALAS

PORQUE ME GUSTA MUCHO <sup>ATENEA</sup> EL SABER

JUAN ARTEMI, UN HERMANO QUE  
ES CATEDRÁTICO DE INGLÉS

Y LUIS TENESOR, MI HERMANO  
EL MAYOR QUE ES INGENIERO NAVAL

EL PADRE ES EL QUE NO RESPONDE  
DE LA REALIDAD

***Atlántida***

**TIRMA  
BETANCOR**



**ISLAS CANARIAS, 1993**

**IMPRESA PÉREZ GALDÓS, S.L.**  
**PROFESOR LOZANO, 25 - EL CEBADAL**  
**35008 LAS PALMAS DE GRAN CANARIA**

**DEP. LEGAL G.C. 200 - 1993**

## **Prólogo Epilogo a “Tirma Betancor”**

*Víctor Ramírez es un escritor que en ocasiones ejerce de editor -en estrecha colaboración con el polifacético Rafael Franquelo- para promover a autores canarios, en abierta pugna con la cultura oficial colonizadora.*

*El amigo Víctor me contó que estaba preparando la edición de Tirma Betancor, un relato de Atlántida. Esta noticia me dio una alegría tan grande, que el propio Víctor decidió encomendarme un prólogo. Yo acepté encantado, aunque no me gustan los prólogos, sino los epílogos.*

*Tirma Betancor supone la recuperación para la literatura canaria de una interesante autora, después de una media docena de años, más o menos, de mutismo.*

*Atlántida ya había publicado el diario novelado de su vida íntima bajo el título de “Diario de una mujer liberada”, con el seudónimo de Electra Betancor.*

*Pero lo que más fama le dio fueron aquellos artículos cortos que publicaba en la prensa de Las Palmas, donde mostraba un insobornable afán de jus-*

*ticia social, una fina sensibilidad y una personalidad propia.*

*En Atlántida encontrábamos rasgos frecuentes en algunas mujeres canarias de su clase social: naturalidad en el trato, ausencia de prejuicios clasistas, gusto depurado por la música y el arte, y buen gusto en general, como suele manifestarse en personas cultas carentes de pedantería.*

*Pero Atlántida iba más allá que la mayoría de esas mujeres. No era mujer que se quedara en su casa a la sombra de un marido o de otros familiares varones, sino que salía a la palestra pública a defender sus ideales: su canariedad, su nacionalismo no pueblerino, sino universalista, al estilo de Secundino Delgado, y sus ansias de justicia social, que no se concretaron en ninguna ideología de forma nítida, pero fueron defendidas con ardor.*

*Atlántida era una sensibilidad humana y femenina abierta a las cosas hermosas de la vida. Pero también era una persona que sufría mucho con lo desagradable que observaba en su entorno: el desamor, la ignorancia, la ambición, el dominio del dinero...*

*Ahora, en Tirma Betancor, vuelve Atlántida tal como la conocíamos. El tema de la novela es el de una mujer enamorada morbosamente de su mari-*



*do, el cual es un materialista sin ideales, obsesionado por el trabajo y una posición económica que le compense de alguna manera de sus grandes deficiencias como ser humano.*

*Y, en contrapunto, la reacción positiva de las hijas de este matrimonio contra esas vidas alienadas, sus ansias de libertad y de relaciones amorosas maduras, su gusto por el trabajo como actividad creativa y liberadora...*

*El relato está escrito con mucho gusto y facilidad. Se lee de un tirón, pues ni sus frecuentes digresiones estorban, ya que están muy ajustadas al desarrollo de la trama.*

*Metiéndome en el terreno tan personal de los gustos, tengo que decir que este historia me supo a poco.*

*Me agradecería que el regreso de Atlántida no fuera sólo para ofrecernos esta obra, sino que continuara con otras en que nos hablara de los hijos de Tirma Betancor, sobre todo de las hijas (Tirma, Dácil y Minerva), cuyas personalidades son más interesantes que las de los varones. Pero que nos lo contara con más detalle, morosamente, pues el asunto lo merece.*

*Y también como articulista Canarias necesita a Atlántida. Vivimos una época de crisis, lo cual im-*

*plica riesgo, pero también oportunidad de mejorar. Vivimos, en resumen, una época fascinante, de despertar de la conciencia de nuestro pueblo, tal como venía propugnando Atlántida desde hacía años.*

*Por eso digo que no me agradan los prólogos, sino los epílogos, y en Tirma Betancor intuyo un epílogo prometedor.*

*Las Palmas de Gran Canaria, 11 de abril de 1993.*

**Lorenzo Doreste Suárez**

**A María Goycoetxea, mi siempre  
llorada amiga madre, quien, al leer  
el original, me dijo: "publícala"**

**"No es amor el amor que no logra subsistir o  
se amengua al herirlo el desamor"**

**Lord Byron**

**Ocho de la tarde. Mes de Agosto. Ha sido un día tremendamente bochornoso en la hermosa Villa de Teror. La boda está a punto de celebrarse en nuestra Basílica Mariana. Boda bastante rumbosa; pues, aunque Luis procede de una familia de clase media normal, Tirma pertenece a una familia de la burguesía de Las Palmas.**

**A los acordes de Tocatas y Fugas de Juan Sebastián Bach, elegidas por la novia, la pareja entra en el templo. Ella lucía radiante, sonrosada, los pequeños ojos centelleantes y la sonrisa a un lado y a otro, de una dulzura y placidez que reflejaban su estado de ánimo. Se sentía inmensamente feliz.**

**Era el día más bello de su vida, desde aquel en que cayó fulminantemente enamorada de Luis cuando sólo contaba dieciséis años. Ahora acababa de cumplir los dieciocho. Unas hermosas y delicadas dieciocho primaveras, acompañadas de una sensibilidad exquisita.**

**Luis tenía veinticinco años. Era guapo, cara clásica**

con frente ancha y grandes ojos negros, labios apretados que guardaban celosos una perfecta dentadura, y proporcionado óvalo de cara. La belleza de este hombre es lo que hace perderse a Tirma para el resto de su vida.

Su enamoramiento es extraño, algo patológico y morboso, pues muchas veces se niega a sí misma y a los de su propia sangre en aras de un amor que no le compensa. Bueno, a ella debería compensarle.

Estábamos en la ceremonia nupcial. El templo aparecía exquisitamente ornado de jarrones plateados colmados de aromáticas azucenas y calas, con cantidad de cirios naturales que producían una rara, pero agradable, mezcla olfativa, al confundirse el olor de la cera derretida con el de las flores que aún quedaban del mes de junio, guardadas celosamente por la familia de Tirma en cierto lugar adecuado de la isla, para que no se agostasen con la estación veraniega.

La mano de Tirma tiembla cual débil hoja al viento cuando su prometido coloca el anillo en su dedo anular derecho. La de Luis está más serena cuando Tirma procede a hacer lo mismo. Cuando el sacerdote pronuncia las palabras “juntos hasta que la muerte os separe”, dos gruesas lágrimas de emoción corren por las mejillas de la novia.

Ella no puede comprender, no quiere entender que algún día uno de los dos ha de irse de este mundo. En el fondo piensa que, si así ha de ser, que sea ella la primera en volar hacia la Eternidad. Se cree incapaz de vivir

sin la compañía del que ya es su cónyuge, incapaz de sobrevivirle.

Felicitaciones a los novios, solicitud de las amigas por uno de los azahares artificiales del gracioso ramo confeccionado por "Catalina"; mientras, en el órgano suena el "Largo" de Haendel, elegido también por la novia. Lágrimas, sonrisas, sollozos, manifestaciones emotivas de los asistentes a la ceremonia religiosa.

La cena a los invitados tiene lugar en el Hotel Royal de la misma Villa. Sólo he estado allí en dos ocasiones, pero le encuentro un no sé qué, tan entrañable. Quizás porque no me gustan los hoteles modernos de lujo, máxime si éste es apabullante. Su patio con muebles pasados de moda y sus macetones con palmeras, me producen una agradable sensación de relax.

La cena servida a los invitados no fue copiosa, pero sí propia de "gourmets". El champán se veía por todas partes y algunos invitados parecían muy felices, tal vez recordando su reciente luna de miel; otros mostraban cara de indiferencia. Posiblemente arrastraban la monotonía de la unión conyugal, de ese lazo que tantas veces es maldito por coartarnos nuestra libertad; y otros de los llamados matrimonios apenas sí se hablaban.

La plática del sacerdote había sido muy realista en cuanto a dicha unión se refiere, y lo más probable sería que más de una pareja se diese por aludida. Nada de florituras con el amor que se deben el uno al otro, la fide-

lidad mutua, la falta de egoísmo que debe existir por ambas partes, especialmente del hombre que suele caer en la desconsideración con su mujer, el mirar a ésta como a una persona con toda su identidad y libertad como ser humano, no debió sonar como música de Bach en los oídos masculinos.

Dos de la noche. Tras los adioses y las despedidas a la pareja deseándoles mil parabienes y una eterna luna de miel, los invitados se dirigieron de nuevo a sus hogares. La mayoría era de Las Palmas, algunos de Tafira Alta.

Tirma casi se fractura el tobillo derecho al entrar en el coche, tan emocionada estaba. También se le cayó al polvoriento suelo lo que quedaba de su ramo de novia. Luis se impacientó diciendo que “el inglés no quiere buen principio”, lo cual desazonó un poco a la recién esposada por conocer el dicho canario aprendido de labios de su madre. Todo se fue en pedir mil perdones a su nuevo esposo con una extraña mezcla de amor y miedo.

Luis tenía un carácter brusco, se encolerizaba por una cosa tan nimia como no encontrar las páginas del periódico en su lugar -cosa que Tirma arreglaba en seguida para evitar el sofocón.

Luis advirtió su conmoción, se acercó a ella y, rodeándola por la cintura con sus fuertes brazos de hombre canario, se bebió sus lágrimas y le dijo que no fuese tonta. Ella sintió una sensación enorme de protección y

cariño que nunca antes había sentido. Acto seguido Luis se dispuso a quitarle la ropa, cosa que ella sintió como si fuera pasar de un mundo de ensueños a otro de ensueños también.

Cuando Luis la hubo despojado y empezó a llenarle el cuerpo de besos, Tirma se estremecía al máximo: “lo que yo esperaba”, decía él. “Eres el volcán que siempre supuse que eras”.

Ella estaba llena de gozo al sentirse tan deseada del hombre que tanto amaba. “¿Podré yo devolverle y gratificarle de la misma manera?”, se preguntaba para sus adentros. Toda su obsesión era amarlo y ser amada por él de la misma forma.

Entre sábanas las cosas no sucedieron tan agradablemente como a Tirma le hubiese gustado, pues ella no se esperaba lo del sexo anal y el sexo oral. El primero le producía un malestar horrible por padecer hemorroides; y lo del segundo, algo de repugnancia. A esto último pudo acostumbrarse a lo largo de los años que estuvieron unidos, unidos materialmente, ya que a Luis nunca le interesó la comunicación con su propia mujer; pero el sexo anal no le producía placer y sí mucho dolor.

Cuando el matrimonio estuvo consumado, cuando Tirma sintió el éxtasis, prorrumpió a llorar de felicidad y le dijo al oído a su compañero que nunca se había sentido tan feliz por el hecho de haber dado. De haberse dado.



No quería nada para sí. Era feliz en aquel momento al saber que Luis lo era y que ella había sido la causa de aquella felicidad. Jamás se sintió tan altruista, tan entregada, tan mujer; y pensó que sólo había nacido para eso. Que la única finalidad de su vida, su única meta, sería: “todo por Luis”.

Ella estaría destinada a ser grano de trigo bajo tierra, segundo plano junto a él, su sombra. Y dispuesta a todo por verlo contento: desde poner su mantelería preferida, el vaso de whisky justo en el lugar que este gran niño mimoso prefiriese a la hora del aperitivo, hasta a vestirse de color rosa, que tan poco le gustaba. Pero a él le encantaba y era lo importante.

La luna de miel en Mallorca fue de “eso que nunca se olvida”, según confesó a sus amigas a su regreso. Pero no era sincera. Sufrió muchas decepciones cuando, después de una relación íntima con Luis, éste le daba la espalda y caía profundamente dormido.

Ella esperaba otras manifestaciones, pero éstas se hicieron esperar siempre. ¡Cuántas veces recordó lo ocurrido en el Parque Doramas!

Cuando sus padres y hermanas fueron a visitarla en su nuevo hogar, ella se mostraba feliz al tiempo que tímida. No le agradaba hacer partícipes a los demás ni de sus desdichas ni de sus fracasos. “Luis es muy bueno”, solía decir cuando se hablaba de él.

El tiempo oficial de la luna de miel se había terminado para ellos y de momento vivían en un piso que ha-

bían adquirido en la calle Tomás Morales hasta que los padres de Tirma les terminasen de fabricar un chalecito en Tafira, anexo al que ellos poseían. Cual niña pequeña, añadía que de regalo también quería un perro alsaciano; pues siempre le habían gustado enormemente y realzaría con su plástica el jardín.

A Luis también le gustaban los perros, pero dijo que más le gustaban los niños y que tal vez fuese un peligro tener al can mientras las criaturas no estuviesen crecidas. ¿Pero dónde estaban aún las criaturas? ¿Y si Tirma resultaba estéril?

A los once años de casados Tirma Betancor de Suárez da a luz a una niña regordeta, sonrosada, de cabellos castaño claro que con el tiempo fue oscureciendo, ojos vivos y expresión inteligente. La enfermera de uno de los ginecólogos de más solera de Las Palmas estaba boquiabierta. A pesar de sus años de experiencia profesional dijo que nunca había visto una niña igual al momento de nacer.

Con el tiempo la primera impresión de la comadrona se confirmó. Fue una niña de una madurez impropia de su edad cuando sólo contaba cuatro años.

Cuando oigo decir que las cosas han cambiado, que las mujeres de hoy no son como las “de antes”, que tienen los ojos más abiertos, me da risa. ¿Cómo pueden decirse semejantes estupideces? El amor, la pasión erótica, la envidia, la ira, la avaricia, son sentimientos in-

temporales. Una Tirma Betancor la podemos encontrar en los tiempos faraónicos, en el Período Helenístico, en el Bajo Imperio Romano, en la Edad Media, en el Renacimiento, y en el siglo XX camino del XXI. Y en cuanto a localización en el espacio, lo mismo la podemos hallar en London como Hong Kong.

Un ser humano es siempre un ser humano y, como dice la Sagrada Escritura: "así como una gota de agua se parece a otra gota, el corazón de un hombre se parece al de otro hombre".

¿Por qué, si no, llega esa mujer a creer que Luis la ama aún después de muerto? ¿Por qué se engalana con su extraño atuendo creado por ella para visitarlo todas las noches junto al panteón familiar en el dormitorio de los muertos? Y cree que la ha amado y que tienen su lecho de amor "bajo un rosal florido".

Como observarán mis lectores, se identifica en cierto modo con la Criselefantina de Tomás Morales. El tálamo "bajo un rosal florido, una leve luna que irradia tremendamente aquel claror tan plácido, un tálamo blanco de blancas flores lleno, olorosos jazmines y nardos olorosos casi tan albos como la albura de tu seno..."

Como podrán observar los lectores, lejos de realizarse esta mujer como ente con personalidad propia, se hunde cada vez más y más, se encierra en su autismo, hace escenas de histerismo junto al panteón familiar, se aliena cada vez más. Ella, que tenía unos potenciales riquísimos a sus dieciocho años.

A ella le parecía una debilidad comunicarle sus malestares a su marido. Quería aparecer ante él como la mujer fuerte de la Sagrada Escritura, que madruga, que reparte el trabajo a sus criadas, que obedece a su marido, y pensaba aquello de: “engañosa es la belleza y fugaz la hermosura. La mujer honesta, ésta es de alabar”.

¡Qué les debemos a la belleza y al atractivo las mujeres! ¡Cuánto podemos aprovecharlos mientras los poseamos! Para pedir un favor a un delegado, una entrevista a un gerente, un simple puesto de trabajo, ¿no nos engalanamos a fin de realzar nuestros encantos? Y el éxito es casi siempre seguro.

Presumo de tener un conocimiento bastante amplio de la psicología masculina y sé que cuando peinemos muchas canas no será lo mismo. ¿Por qué, si no, me atienden antes a mi -y mejor- ante una ventanilla que a una señora de cincuenta o sesenta años, máxime si voy luciendo alguna que otra joya y la pobre viste poco menos que andrajosa y va algo desgredada, revelando su origen y posición en la sociedad?

Aparte de una desconsideración para la otra persona, lo considero un egoísmo por parte del que actúa en mi favor. Pero honestamente he de confesar que me aprovecho mientras aún no estoy de mal ver.

Tirma ha tenido un segundo vástago. Otra niña, aún más bonita que la primera. Ésta es de ojos grandes, deslumbrantes cual estrellas del firmamento. Las pes-

tañas increíblemente largas y vueltas hacia arriba, cosa poco común en un recién nacido. La línea de los labios parecía sacada de un cuadro italiano, del Tiziano o Veronés; la nariz perfilada y el óvalo de cara como el de su progenitor. Pero éste no está por bellezas y se enfadó con su mujer por no haberle dado un varón.

Tirma Betancor soñaba con frecuencia con bastones, paraguas, postes, plátanos y otros símbolos freudianos. Y no digamos con aquellos cuya función principal es la penetración: puñales, lanzas, cuchillos y todos aquellos de los que fluye el agua, como fuentes, regaderas y grifos. Tirma Betancor vivía realmente en medio de la espesura de símbolos sexuales.

Los sueños "aviso" no están ausentes de la fantasía onírica de Tirma. Siempre que tuvo serios problemas con la salud de sus hijos y con sus abortos y niños nacidos muertos soñaba... El sueño era un aviso de que debería ir al doctor para ser observada pertinentemente.

Tirma no hubiese podido tener nunca un sueño "clarividente", porque todo lo hubiese torcido en vez de atar los cabos. Y en caso de tenerlo, hubiese sido inútil. Confundía independencia de criterio con terquedad.

Si he hablado hasta aquí de Tirma Betancor en forma exhaustiva, no lo he hecho apenas de Luis. Pero es fácil deducir que a una masoquista le va normalmente un sádico, aunque no lo sea en el sentido estricto de la palabra.

El marido de Tirma es un materialista al que sólo le interesa adquirir una posición económica fuerte para compensar de algún modo sus grandes lagunas de todo tipo. Es una persona llena de sentimientos de inferioridad, razón que le lleva a regalar perfumes franceses a su mujer, joyas, y morar en un lujoso piso y poseer un deslumbrante automóvil, siempre con los cristales tan brillantes como purísimos zafiros. No quiere aparecer, ante la sociedad en que vive y en el ambiente en que se mueve, como un pobretón.

Está dominado por la codicia y tiene su corazón puesto en el dinero. Carece de ideales, no le interesan para nada las miserias humanas, las injusticias sociales, el paro obrero, los problemas de los gobiernos, “que no hay gobiernos para remediarlos”, como diría nuestro Saulo Torón.

A Luis no le importa el que haya hombres que desde que nacieron se vieron apresados por situaciones de marginación, que rompieron en su raíz toda esperanza de desarrollo integral humano; situaciones en las que, por pertenecer a una clase social inferiorizada desde siempre, cerraron toda posibilidad de alcanzar unas cotas mínimas de bienestar cultural y económico, social o sanitario, laboral o familiar. Encuentra normal el vivir en una sociedad rota por la explotación del hombre por el hombre.

A Luis no le pasaba por su cabeza de enano mental que vivimos en una sociedad totalmente basada en la injusticia, en la desigualdad, en el olvido de que todos los

**hombres somos iguales en dignidad, incapaz de ver los hechos de la pobreza, las conculcaciones constantes de los derechos fundamentales, el sufrimiento que brota de una estructura social realmente injusta.**

**Luis acude a misa todos los domingos porque le enseñaron que es una obligación de todo católico. Es amigo del obispo, porque es de buen tono. Pero entre sus lagunas culturales se encuentra la religiosa.**

**No tiene ni idea de lo que es el Movimiento Ecuménico, de lo que se encierra en la "Encíclica Casti Connubi" de Pío XII, a pesar de ser tan conservador, ni mucho menos de la "Mater et Magistra" de Juan XXIII o la "Populorum Progressio" del papa Pablo VI. En caso de haber llegado ésta a sus manos, la hubiese quemado como a un libro hereje por considerarlo escrito por un comunista.**

**¿Cómo podrían entrar en la mente de Luis ideas contenidas en un documento tan rico e interesante como es la Encíclica últimamente citada?**

**"Los pueblos más desarrollados deben ofrecer ayuda a los que se hallan menos desarrollados, una ayuda tal que les permita proveer ellos mismos y para sí mismos a su progreso". "Los pueblos ricos gozan de un rápido crecimiento, mientras que los pobres se desarrollan lentamente".**

**Esto hubiese sonado a sánscrito en los oídos de Luis. Él piensa que quien trabaja como él tiene todos los**

derechos y que sus empleados son sólo eso y no colaboradores al bien de la sociedad de la que todos formamos parte.

Luis tiene que producir en exceso en su negocio de importación y exportación porque su suegro es rico y él no puede ser menos. Es su única meta. Ni problemas socio-económicos, socio-culturales, ni dedicación a su familia.

Sus hijas pueden decir con razón a temprana edad que “con un hombre así no se casarían nunca”. A pesar de lo poco afectuosa madre que les tocó en suerte -o en desgracia- las chicas captan que su progenitora está hecha de otro material humano.

Ya dije en páginas atrás que Tirma Betancor a sus dieciocho años era una mujer rica en potenciales; pero, enamorada de un cerdo como Luis del modo que ella lo estuvo toda su vida, esos potenciales se irían al diablo. Jamás podrían verse convertidos en hechos.

Sí alberga ella, en el fondo, la ilusión de ver a sus hijos convertidos en “algo”. Le agradaría que destacasen en materias artísticas. En lo cultural aporta su granito de arena en la formación de sus hijos.

Aparte de casarse porque en una sociedad conservadora el status tiene gran importancia, da prestigio personal, la institución familiar desea permanecer a toda costa a pesar de la crisis en que se encuentra la familia -según el psicólogo inglés David Cooper ésta tiende a desaparecer-, Luis lo hace porque es más cómodo a pe-



sar de la tremenda carga que supone el matrimonio y del estado de desesperación en que coloca a muchos.

Él prefiere los inconvenientes de una vida matrimonial y no las ventajas que le traería el llamado concubinato. Es demasiado materialista y sólo ve la parte positiva que hay en la unión de sus suegros.

Pero en éstos la burocracia era cosa secundaria y algo consecuente a una unión legalizada. Lo principal en la unión de los padres de Tirma era el amor, un amor aceptado por ambos, vivido cada día, con sus rosas y sus espinas, ideal, pero realista como la vida misma.

A Luis le hubiese puesto como la grana verse en la situación de padre ilegal y que le pidieran en la Seguridad Social el certificado de matrimonio. Hubiese salido con disculpas: "No, mire usted, mi mujer -no mi compañera- y yo hemos decidido...". Jamás hubiese dado la cara mirando de frente para decir: "Estoy libremente unido". No sólo por lo embarazoso de la cuestión, sino porque era un hombre de personalidad pobre, mezquino y cobarde.

Dentro de la educación religiosa que recibió Tirma, entre optar por perder a Luis y su pasión ardorosa, se hubiese decidido por la unión sin bendiciones y sin juzgados.

Casarse sin casarse no sale a cuenta. La libertad se pierde igual y no se obtiene ninguna de las ventajas del yugo. En esto me identifico con el pensamiento del gran escritor que es Fernando Díaz-Plaja, el cual tiene en su haber la experiencia de estar divorciado; y con su

estilo ameno y desenfadado nos cuenta las situaciones que hemos vivido las parejas y, en las que a fuer de ser honestos, hemos de reconocer que nos retrata.

Las discordias entre Luis y Tirma no aparecen en esta novela, pero al lector inteligente le es fácil imaginarlas, máxime cuando lo único que les une es la pasión erótica; y, a la hora del televisor, Tirma se decidirá por una película romántica y Luis por una vulgar americanada.

A Tirma le atarrará que su marido mire con fruición a una atractiva estrella de cualquier película del Oeste y se limitará a decir que “tiene clase”.

Luis echará en cara a su mujer que ella estuvo a punto de caer aquella tarde en que se encontraban solos a las nueve de la noche bajo la sombra de la débil luz de un farolillo de hierro forjado en el Parque Doramas. Poca caballerosidad para recordar tal hecho, cuando el que sacaba más ventaja era siempre él.

Cuando había satisfecho su deseo con sólo abrazarla fuertemente, le importaba un comino que ella se hubiese quedado en baba y esperando muestras de ternura. En una ocasión le dijo que ésta la desplegaba sólo con ella, ni siquiera con su madre; pero Tirma, sagaz a pesar de sanaca -parece una contradicción- no se lo creyó del todo.

Siempre pensó que él tenía, a su modo, un complejo de Edipo. Yo, particularmente, creo que todos los hombres son víctimas de ello en mayor o menor grado.

A Tirma le enerva cuando ven juntos la televisión

y él se sonríe alegando que se ha acordado de pronto de algo. Ella intuye que es algo que él ha hecho antes de conocerla y que quiere ocultar. Él se escurre con un: "sí, algo parecido, algo que ocurrió hace muchos años..."

Según Díaz-Plaja (Fernando), la esposa sabe mucho más de la vida de su marido que viceversa. No estoy de acuerdo del todo. Mi idea al respecto es que ellos mienten descaradamente, mientras que nosotras somos más astutas...

Aunque en este relato Luis aparece como hombre solamente interesado en amasar una fortuna y en recibir respuestas eróticas de Tirma, ésta no es de corcho ni de piedra y en su fuero interno -aunque Luis es un ente de poca clase- le duele y le hiere en su amor propio lo que pudiera habersido realidad. Pero solamente una realidad remotísima ya que, como se ha dicho, ella vivió para su marido en el sentido más autista de la palabra.

El hombre puede hacer lo que quiere, ama su libertad por encima de todas las cosas; pero a ella sólo le queda aguantar. Y ésta es, por desgracia, la regla. Lo contrario es la excepción.

Tirma desea la película romántica -como ya he apuntado- y Luis el partido de fútbol. Hay una razón histórica y psicológica. Desde pequeños se les ha advertido a las niñas que jugar con el balón es propio de chicos y a los niños que jugar con muñecas no procede. Que fumarse un puro es cosa de hombres, y a ellas se les ha

interesado en el teje y maneje de amores más o menos frustrados. A los hombres universales, a los hombres con sesera, esto les irrita.

El estado mental de Tirma se deja decir que “todos están locos menos ella”. Sus hermanas intentan convencerla de que vaya a un siquiatra, pero ella de médicos no quiere saber nada. Además en su primitivismo piensa que estos doctores están para tratar a los que necesitan camisa de fuerza.

“¡Qué vergüenza, que la gente sepa que yo he tenido que ir a una de esas consultas o estar internada en uno de esos sanatorios!” Solía añadir que hasta sus propias hermanas sentirían envidia de ella por tener un marido tan viril. A sus cuñados los tenía poco menos que por impotentes.

A la semana de haber dado a luz, tenemos a Tirma Betancor de nuevo en Importex en medio de facturas, pedidos y cheques de banco. ¡Con lo que a ella le gustaban la pintura y la lectura! Pero se consolaba pensando que a sus catorce años ya había leído a Alejandro Dumas, Víctor Hugo, Emilio Pardo Bazán y Blasco Ibáñez.

Y sobre todo se consolaba pensando que las horas pasadas entregada a actividades mercantiles más las pasadas en ese vulgar recinto que se llamaba cocina le compensarían de otras vividas en el interior de su alcoba, en la habitación más querida para ella junto con el baño; en aquel recinto que Tirma convertía en algo así

como un templo sagrado y misterioso, testigo de tantas horas extrañamente felices. No daría ni una sola de aquellas horas por todo el oro del mundo.

Aún padeciendo de hipotensión, estaba dispuesta a satisfacer a su marido al despertarse a la hora que fuese y a pesar de ser una profunda dormilona. Poco comunicativa en esta materia, le confesó a una amiga en una ocasión en que ésta le contó las molestias que le producían las manifestaciones eróticas de su marido a la hora de despertarse, que a ella el solo hecho de sentirse deseada por el hombre que tanto amaba y de sentir el placer que él le daba, la compensaban aunque estuviese cayéndose el resto del día. "Para algo están el café y el coñac", terminó la pequeña conversación.

Su propia amiga, no tan apasionada ni tan entregada, le dijo que cuando su esposo intentaba dichas manifestaciones siempre decía que tenía sueño; y aunque él protestara era incapaz de tal sacrificio a pesar de quererlo mucho también; que se conformaba con unos besuqueos en la frente y en la cara.

En cierta ocasión al insistir él y ella decir con deje soñoliento "tengo sueño" él dio la espalda defraudado. Pero su orgullo quedó satisfecho al vencerlo. Estaba muy segura de él a pesar de ser el hombre un animal polígamo.

La mujer de que hablamos, la amiga de Tirma, decía que no había nada para retener a un hombre como

mostrarse diferente cada día: en la oficina, en la sala, pero sobre todo en la alcoba. Precisamente por la idea que tenía del hombre polígamo. "Si cada día eres diferente, ¿cómo le va a apetecer otra?", solía decir; y menos aún le cabía en la cabeza el mundo sórdido de los celos.

A los hombres hay que darles la impresión de que son libres, de que se sienten solteros para así tenerlos más atados. Ellos aman su libertad por encima de todo; aun los amantes, de los que se dice querer más a sus compañeras que los casados oficialmente.

Yo estoy de acuerdo con María Luisa, la amiga de Tirma. A mi al menos ese método me ha dado resultado. Pero cada caso es personal e intransferible, y a Tirma jamás le hubiese ido lo de soltar a su hombre ni en apariencias. Todo lo contrario.

Cuando se acercaba la hora de su llegada -sobre las ocho de la noche- su nerviosismo llegaba al máximo, cambiaba objetos de lugar sin ton ni son, Pino le hablaba y no le contestaba, no la oía; la expresión de sus ojos era disparatada, manoteaba y monologaba como una loca.

Muchas veces llegó a decir a la muchacha: "vaya a abrir, que estoy en el baño y lo más seguro es que don Luis se dejó el llavín en la oficina". Pero el sonido del timbre era imaginario. Por más que Pino dijese que se trataba del ruido del tráfico en la calle, ella salía a abrir la puerta cuando había terminado en el baño.

En una ocasión se le metió a nuestra heroína en la

cabeza que su marido no estaba bien de salud, pues padecía obesidad, hipertensión y glucosa. Lo consultó bajo secreto profesional con un médico amigo de la familia. Buena la hubiese armado Luis si sabe que su mujer va sin compañía a la consulta de un galeno.

El médico se rio a mandíbula batiente al tiempo que le dijo que a su edad, sólo treinta años, y con el ojo clínico que él poseía, probablemente sólo tuviese algún kilillo de más. “La curva de la infelicidad”, que llamaba el doctor Marañón, por los males que acarrea.

Para dejar tranquila a Tirma, Lorenzo, que así se llamaba el médico, le aconsejó que le persuadiese de acercarse por su consulta. Aunque amigo de llevar la contraria a su mujer por sistema, siendo un hipocondríaco como ya he dicho, se dejó caer por la casa del galeno pero advirtiéndole no le dijese nada a ella. Hacer caso, seguir el parecer de una mujer, le parecía caer en la más vil de las humillaciones.

Si neurótica de tipo obesivo estaba ella, no menos lo estaba él. Y ninguno quería entenderlo. La dictadura que imponía en su casa y en su negocio era reflejo de los sentimientos de inferioridad que llevaba dentro.

Aparentando ser un hombre de carácter era sólo un hombre con terrible miedo a caer en el ridículo. Poco espontáneo, lleno de dudas, de complejos y conflictos consigo mismo, todo lo cual creía solucionar dando la apariencia de firmeza: confundía firmeza con agresividad.

Sus subordinados no le querían nada; lo despre-

ciaban al sentirse explotados como lo era su mujer y al percibir lo tremendamente avaro que era. Aunque parezca increíble, ni el día del entierro de una hermana suya, a la que adoraba, quiso cerrar su oficina. "Son cientos de miles de pesetas los que se pueden perder hoy si esta oficina se cierra," dijo a todos.

Algunos, obedeciendo a la llamada de su conciencia, estuvieron ausentes y algunos creyentes católicos hasta fueron a misa. Otros actuaron como pensaron y se dieron un día de vacación.

El día del funeral dijo su compañero y socio en el negocio: "hoy es la misa por el alma de la hermana de don Luis. Tendrá lugar a las seis de la tarde en la parroquia de Santa Teresita en la calle Tomás Morales. El que quiera asistir está dispensado de venir aquí con tal de que durante el resto de la semana se recupere el trabajo atrasado". Todos bajaron la cabeza en señal de respeto". Luis enrojeció de vergüenza y la oficina quedó cerrada.

A pesar del comportamiento y de la actitud de Luis para con sus cuñadas, éstas asistieron al funeral aún sabiendo que no eran verdaderas hermanas políticas para Tirma, sino más bien víboras. Tremendamente envidiosas de las cualidades, de los valores personales, de la cultura y del tipito de esta cuñada a pesar de sus tres embarazos y pocos cuidados, las lenguas de dichas mujeres destilaban hiel, vinagre, potente veneno, cuando de Tirma se hablaba y en su propia casa.

Llegaron incluso a querer regir y dar normas para



el buen funcionamiento de la misma. Tirma callaba ante ellas para no perder a su marido -así pensaba- pero no le pasó nunca por la cabeza que con sus hermanas no se iría él a acostar. Que en caso de ella rebelarse todo lo mas habría una trapatiesta; pero que en la alcoba se arreglaría todo, que era lo que en realidad a ella le importaba.

A la mañana siguiente vuelta a lo mismo: a la rutina y a las brusquedades; a los celos infundados y al exceso de trabajo; a las exigencias y al no dar ni una muestra de afecto. Y ella a amar más y más, a hundirse más y más, a alienarse enteramente.

Un día Tirma, en su tercer mes de embarazo, cayó al suelo cuando se dirigía desde su mesa de despacho a la caja fuerte. Todo el personal se alarmó menos su marido, que alegó que aquello era propio de su estado y que se le pasaría con un vaso de agua azucarada. Pero eso no surtió efecto alguno y hubo que llamar a Lorenzo.

Una vez aplicadas las primeras atenciones, éste advirtió a Luis que la tuviese en manos de un buen ginecólogo, al que visitaría con frecuencia. A Luis se le juntó el cielo con la tierra, pues en los alumbramientos anteriores su mujer pudo tirar sin atención sanitaria y ahora le aterraba el que otro hombre tuviese que observar a su mujer por donde sólo él se creía con derecho a hacerlo. Tan sucia tenía la mente.

Al día siguiente se le pide hora a uno de los gine-

cólogos más afamados de la ciudad, el cual dijo, que conociendo a la familia de la embarazada y apreciándola mucho, no comprendía cómo no le habían avisado desde que tuvieron conocimiento del estado de gestación de Tirma.

Dio hora para el día próximo. Esta vez no le importó a Luis que fuese acompañada por una hermana suya, ya que las de él no se prestaban a hacer ningún favor.

A las cinco de la tarde del día acordado vino la hermana de Tirma a buscarla. Ésta se hallaba sumida en ese sopor que produce la hipotensión, e incapaz de levantar cabeza.

Le administraron una taza de café con coñac y al cuarto de hora pareció reaccionar. La vistieron entre Dácil, la hermana de Tirma, y Pino, la criada. La terminaron de arreglar y en poco tiempo estuvieron en el coche a la puerta.

A las seis menos cuarto llamó la enfermera y comadrona a Tirma, pues era su turno. Cuando el médico la vio entrar tan pálida y alicaída, empezó a animarla diciéndole que sólo tenía mimos, que era una antojadiza y que no había conocido en sus años de ejercicio profesional a una mujer tan fuerte para los embarazos y los partos.

Ya tenemos a nuestra protagonista en la calle. A la espera de un taxi va leyendo la prescripción facultativa. Se trata de vitaminas y sales minerales especiales para

embarazos, más unas gotas para la hipotensión. Tendría que guardar cama durante quince días y tomar flúidos en abundancia. Lo de guardar cama fue para ella un drama.

¿Qué pensará Luis de una mujer tan enclenque? ¿Cómo iba a pagar una secretaria durante este tiempo teniéndola a ella? Calló esto último a su marido de acuerdo con su hermana. Ya tomaría café y más café por la mañana.

El café, la fuerza de voluntad y el mucho amor por su marido hicieron prodigios; y Tirma podría estar en la oficina de diez de la mañana a una de la tarde. Como Luis siempre hacía siestas hasta de una hora, le vino a nuestra mujer como anillo al dedo para tenderse ella también, pues las primeras horas de la tarde se le hacían pesadísimas con el mismo sopor que sentía por las mañanas.

Al levantarse se tomaba otro café con las gotas y se sentía como nueva. De cinco a siete iba a echar una mano en la oficina, para luego regresar a casa deprisa y corriendo y preparar el postre preferido de Luis: natillas. Según expresión suya, a las diez estaba “arrastrándose como un carro” y “más cansada que una perra”. Pino tenía que darse prisa con el resto: dar de cenar y bañar a los niños, cenar ella y recoger la cocina, porque la pareja tenía que estar en cama a las once.

Tirma se duchaba lo más deprisa que podía y se bañaba el cuerpo en loción de violetas. Teniendo su ma-

rido un olfato muy sensible quería atraerle y agradarle así aún más. Aunque, dado su estado de ligera debilidad pasajera, no le conviniesen los excesos, el deseo era superior a todo y prefería disfrutar de intensos climáx aunque luego quedase exhausta.

Dormía como un tronco y a las siete ya estaba Luis despertándola -con absoluta falta de consideración- para conseguir el placer. Al muy grosero no había quien le hiciese creer que para una mujer con la tensión tan baja esa hora es demasiado temprana para dichas efusiones. Pero egoísta como él solo no le importaba sino su bien.

En lo que debiera ser el dulce tálamo, el romántico nido de amor, el lugar de las verdaderas e íntimas comunicaciones, sólo había ferocidad animal, una ferocidad que a Tirma la dejaba feliz aunque él se comportase como un sádico en más de una ocasión.

Ella no veía en aquellos momentos a un desconsiderado ni a un animal, sino a un hombre que la amaba ardientemente y que en sus relaciones íntimas la hacía hasta gritar. En caso contrario hubiese pensado que no la amaba. Su masoquismo no podía comprender otra forma de relaciones.

Pasan los meses y Tirma siente su primer dolor de muelas. Por fortuna y desgracia se le fue extendiendo una pequeña caries molar y en la madrugada de un miércoles no tuvo más remedio que levantarse de la cama y pasar el resto de la noche sentada en un sofá. No quiso

analgésicos ni ir al dentista. Tenía por ñangas a las que cuidaban su salud.

Dos meses más tarde y una mañana a las ocho Tirma está con sus dolores de parto. Mientras Luis va a sacar el coche para llevarla a la clínica, una amiga vecina suya vino a acompañarla y a servir en lo que pudiese.

A las nueve menos cuarto había nacido otra hermosa niña. Con más facilidad de lo que cualquiera se suena. "¡Vaya mujer para parir!", fue lo que consideró un piropo nuestra protagonista de labios de su amiga.

Ella quedó más que satisfecha cuando supo que su marido oyó tal exclamación. Otra niña hermosa, parecida a la anterior, que pareció no producir tanta decepción en su padre. Este cuarto vástago se llamaría Minerva.

Con el tiempo demostró que le iba el nombre, pues todo lo quería saber. Su madre, fanática de los horóscopos, solía decir que con razón le había nacido en el mes de junio y bajo el signo de Géminis.

Para no pagar otra muchacha Luis hace las paces con la tía Angela de su mujer a fin de que los niños pasen temporadas con ella, pues es mucha la carga.

Cuando la pequeña Tirma cumple cinco años desea ardientemente las temporadas en casa de la tía. Sus padres pelean violentamente en casa y a veces él le hace a ella escenas delante de sus empleados.

La niña no puede tolerar esto, sufre al ver a su madre tan maltratada y empieza a fraguarse en ella el trau-

ma de una infancia desgraciada. Dácil aún no comprende lo suficiente, sólo piensa que “papá está enfadado”. Pero al cumplir sus cinco años empieza a sufrir su trauma familiar lo mismo que su hermana. No come, no quiere jugar y no se cansa de repetir “papá es malo”.

En casa de la tía Angela, las niñas cobran otro aspecto y recuperan el apetito; primero con aceite de hígado de bacalao y luego con la atmósfera que se respira en este alegre paraíso que es la casa de las tías. Cada día están más bonitas y las tías parecen más orgullosas de ellas que su mismo padre.

A Tirma Betancor no le llaman la atención sus hijas. No conoce el papel de madre y sus vátagos ocupan un lugar muy por debajo del amor que profesa a su marido. Es sólo una madre biológica.

Cuando lleguen a la adolescencia, sus hijas le recordarán no haber recibido un beso o una caricia de niñas. Por su parte una mujer tan apasionada es seca, poco afectiva con sus familiares y con sus propios hijos.

Tirma Suárez llevará toda la vida en su mente las veces que quiso hablar con su madre y ésta se escurría. O estaba con la mente ausente. A tan temprana edad como los doce años, le resulta su madre rara; pero a los quince, con una madurez fuera de lo común y una exquisita sensibilidad, entiende que algo funciona mal en su progenitora.

La encuentra monologando y manoteando en la cocina. Le hace una pregunta y le sale con una respuesta

incongruente. Sólo habla de papá, del mejor pescado de playa para papá, del periódico para papá, de “todo, menos hacerle enfadar”.

El ambiente en que vive la joven, unido a su precoz inteligencia, la hacen una estupenda diplomada sin título en psicología masculina. Sobre todo en determinado tipo de hombre vulgar.

Dácil no tiene coeficiente mental tan alto, pero en su inconsciente se van marcando los malos recuerdos. Toda su vida quedará marcada.

Juan Artemi crece con un marcadísimo complejo de Edipo, mientras que Luis Tenesor se arrima al sol que más calienta. Cuando le interesa la plata de su padre, es amigo suyo, le hace de secretario, de ayudante durante las vacaciones; pero, cuando está harto de sus manías y groserías, desbarra contra él diciendo que es un desgraciado.

Tirma no sólo es madre biológica, sino que le falta carácter. Es un perro que ladra y no muere; pues, cuando alguna vez quiere corregir a sus hijos, arma una gritería que no soluciona nada de lo ocurrido.

Sólo logrará poner las cosas en orden nombrando a papá. Aquella locura de amor que sufre por su marido, aquella pasión morbosa que siente por él, la llevan a poner en peligro su vida debido a varios abortos por descuido y dos niños nacidos muertos.

Seis años de casados. Cinco hijos en el mundo. Un

chalet olvidado en Tafira. Cuando Luis sugiere empezar a hacer uso del chalet de Tafira, a Tirma se le junta el cielo con la tierra. Los días que ella no pueda ir a la oficina no verá a su marido hasta la noche y ahora él tiene una nueva secretaria, pues hay más trabajo.

Empieza a aparecer en su cabeza el fantasma de los celos, cuando Luis es incapaz de soltar prenda por ningún bombón de mujer; y, para más suerte, la secretaria es más bien feúcha.

Ahora Tirma no sólo rueda muebles sin ton ni son, sino que registra los bolsillos de su marido, huele su americana, ve señas de barra de labios donde no las hay, se presenta en la oficina fuera de hora expuesta a los desplantes de Luis y hasta registra en su despacho privado por si hay algún cheque a nombre de María Dolores Rodríguez.

En una ocasión en que Luis pilló a su mujer registrando en un cajón de su escritorio, se encolerizó tanto que ella estuvo a punto de ser golpeada. Pino se acercó al oír tanto ruido y Luis disimuló todo lo mal que pudo.

Aquella noche la cena transcurrió en atmósfera de denso silencio. Ni Tirma ni Luis se cruzaban palabras o miradas. La dramática situación era ligeramente interrumpida cuando la muchacha aparecía por la puerta del comedor por si se ofrecía algo: "No aparezca más por aquí, o se va a trabajar a otra casa".

Pino se sentó en su silla pensando. ¿Qué pensaría?, pues los niños estaban dormidos, tan rendidos estaban



de haber retozado casi toda la tarde.

Pino pensaba que los ricos, que lo tenían todo, podían ser tan desgraciados como muchos vecinos de su pueblo que no poseían nada. Cuando, de vez en cuando iba a Cardones a ver a su familia, se tomaba su café en ayunas, su caldo de papas y su gofio amasado con una tranquilidad y una paz que no dejaban nada que envidiar a los asados, frutas variadas y postres de cocina que comía en casa de los Suárez.

Aunque echaba en falta a los niños, era consciente de que un descanso en su pueblo le venía bien, lejos de aquel manicomio. La chica que le hacía el turno, una sobrina suya, le dijo un día que cómo podía vivir en aquella casa, máxime estando el servicio doméstico tan solicitado.

“Es que me da mucha pena de la señora y de los niños”, fue todo lo que comentó.

Pasa el tiempo. Tirma Suárez ya tiene diez años. Dácil, nueve. Aunque la mayor es más inteligente que lo normal y de gran sentido común a su edad, la segunda tampoco es tonta; y si su hermana ya tenía una imagen tan negativa de su padre y una extraña idea de los comportamientos de su madre a los cinco años, la pequeña Dácil está convertida en otra sicóloga empírica de su pequeño mundo.

Ambas aprovechan mientras estudian en el escritorio de su cuarto y comentan que por qué papá será así y cómo es que mamá puede aguantar tanto. Muchas veces terminaron llorando amargamente estas criaturas

que, con sus pocos años de vida, no habían conocido el significado de la palabra felicidad.

Cuando su madre entra o llama a la puerta para decirles que la cena está servida, ni advierte sus lágrimas. Las manda lavarse las manos, "pues papá me espera".

Quiere ella estar pendiente de alcanzarle el salero, la panera, de cambiarle los platos, retirarle los cubiertos usados, todo con una morbosa fuición. A veces él le lanza una mirada de desprecio. Ella no lo advierte, no quiere advertirlo.

Las niñas comentan en baja voz. Dácil se bebe las sabias palabras de su hermana y las asimila que da gusto. "Con un hombre como papá no nos casaremos nunca", fueron sus últimas palabras antes de caer dormida.

De madrugada Dácil se despertó después de una horrible pesadilla. Dio un grito que Pino pudo oír; la cual se levantó, pues dormía en el cuarto de al lado y fue a ver qué pasaba.

La niña decía que papá iba a matar a mamá, que ella lo vio con un cuchillo "así de grande". Pino le dijo que eso se llamaba una pesadilla y que ella las tenía con frecuencia y mucho más malas. Como no podía convencer a la pequeña, la que a su vez dijo que estaba muerta de miedo, se la llevó a su habitación y la arrulló como si aún fuera un bebé hasta que quedó dormida.

Por la mañana la muchacha tuvo el buen sentido común de ponerla en su cama de nuevo a las siete, pues

don Luis se levantaba a las siete y media y Dios sabe la que amaría.

No armó nada; pues, tras haber despertado a su mujer como uso y costumbre y haberse regocijado, no pensaba sino en lo bien que se encontraba, en lo relajadito para todo el día, mientras Tirma, aún soñolienta, se entraba las zapatillas todavía con la sensación de gozo recién experimentada.

Ocho menos veinte en el reloj de la cocina. Tirma se toma su primera tacita de café mientras Luis se afeita. Pino ordena el salón y limpia su parte de escalera. Luego dejará la cerradura como el oro.

Ya están Tirma y Luis desayunando. Ella le acerca la mermelada de melocotón porque no la quiere de fresa; se levanta a poner más azúcar en el azucarero, le trae de la despensa queso en porciones y todo lo que le pide para hacerla molestar.

Pero ella ha nacido para hacerlo con mil amores. Empezó a hacer las cosas mal desde el primer día, desde que obedeció la prohibición de recibir a su familia.

¿En qué mundo estaba Tirma entonces? Pero ¿no sabía que su marido era una cosa, su madre otra y sus hijos carne de su carne? No. No lo sabía.

Hemos dicho que estaba aislada del mundo exterior, que todo parecía interesarle tan poco, que no se quería ni a sí misma. Cada vez concede menos atención al mundo que la rodea.

Pino con su inteligencia innata se ocupa del horario

de los niños, les enseña a ser ordenados, a no decir malas palabras, a parecer niños de gente rica como son, y no como los de su pueblo.

Cierto día la oyó Luis llamándoles "gente rica" y la corrigió: "¿no ve que así no serán nunca nadie, educándoles como mis suegros hicieron con la señora? Aquí no hay riquezas, sino trabajo y sudor".

A Pino se le escapó una lágrima al pensamiento de que Luis considerase a Tirma "ser nadie". La pobre mujer no era tan tonta como para no percibir los valores de su señora. La admiraba, la valoraba, pero, sobre todo, la quería inmensamente. Pino sufría y compartía el drama familiar.

Un día del mes de junio al llegar Luis a las dos de la tarde a casa anunció firmemente: "Tirma, tu padre ha muerto de tuberculosis pulmonar hace dos días".

En aquel momento ella estaba destapando un caldero que hervía sobre el fogón y la tapadera cayó desde sus manos al suelo. Pero no derramó ni una lágrima.

Dácil y su hermana mayor, que oyeron lo dicho, se fueron a su cuarto a llorar, pero no a llorar por su abuelo al que apenas pudieron tratar, sino a hacerlo por su madre. Ya tenían las muchachitas catorce y quince años y cada vez comprendían más la actitud de su padre y menos la de su madre.

Tirma le dijo a su hermana: "a mí un marido jamás me hará eso, porque yo no se lo permitiré. Un marido es un marido y un padre es un padre por muy malo que éste

haya sido”. Dácil dijo que a ella le daría miedo de que se enfadase y actuara como mamá.

Aquella noche ocurrió algo insólito. Sobre las doce las chicas pudieron oír sonidos de pies descalzos que corrían desde la alcoba de sus padres hasta el cuarto de la muchacha, la cual se hallaba con dos días de permiso en su pueblo por muerte de un familiar.

Dácil puso el oído atento y cuando pudo comprender que su padre corría en pos de su madre que se había cerrado con llave en el cuarto de Pino, se atrevió a decir: “danos mejor ejemplo, papá”. A Luis le debió dar el mínimo de vergüenza, pues bajó el diapasón pedestre; pero seguía luchando por conseguir a su mujer.

Ese chivatazo no se lo hubiese esperado nunca. La venganza de Tirma, el negársele ella tan entregada y tan apasionada y que sólo vivía para él. Esta vez vivió un poco para su fallecido padre, al que quiso mucho hasta que se casó, hasta que se perdió a sí misma.

Con la disculpa de que habían conseguido una limpiadora por días, Luis dijo a Pino a su regreso que podía estarse una semana más en Cardones. Temía que su mujer -muy impulsiva a pesar de su alienación- dijese delante de la muchacha: “Esta noche yo me quedo a dormir en el sofá grande”. No era la primera vez que metía la pata al soltársele la lengua y siempre para decir incongruencias o no arreglar nada -tremendamente impráctica e imprudente.

Pasaron los siete días y tras el regreso de Pino todo pareció volver a la normalidad, o mejor dicho, a lo que era normal en aquella casa.

Tirma tampoco pudo asistir a los funerales de su padre, cosa que sus hermanas le recriminaron toda su vida. No podían comprender aquel miedo a Luis, a las cóleras de Luis, hasta que andando los años, cuando ya estaba en sus cuarenta y cinco, se abrió a ellas.

Pero sus hermanas eran tan diferentes que así y todo no podían comprenderlo. Pero ¿cómo se puede querer tanto a un marido tan malo? ¡Qué poco realistas! Por desgracia es muy común.

Juan Artemi se siente cada vez más atraído por su madre y se aferra a ella, la quiere enormemente y le halaga que le digan que se parece a su abuelo materno. Siente una repulsión tremenda hacia su padre. En su madre llega a ver un objeto y lo seguirá viendo inconscientemente hasta sus veinticinco años, a pesar de su trato y experiencias con chicas.

En una ocasión, discutiendo con sus hermanas, se dejará decir que a una madre hay que quererla de una manera especial, no como una diosa, sino como a una mujer de carne y hueso, como a una mujer con la que sería capaz de acostarse. Las órbitas de los ojos de Tirma, Dácil y Minerva se abrieron ampliamente. Ignoraban lo que es un complejo de Edipo.

Dentro de la poca comunicación que existe entre madre e hijas. Tirma se siente bastante inclinada por Mi-

nerva. Con ésta charla lo que puede, le ayuda a dibujar para los exámenes, le corrige las redacciones y le recomienda libros literarios.

Minerva le recuerda a su madre dos cosas: siempre que la mira ve el rostro de su marido en ella, tal es el parecido físico que sacó de su padre -no así el mal temperamento- y el amor por el saber que ella tuvo en su adolescencia y pubertad. Minerva tiene un mundo interior inquieto, una gran vitalidad mental, unos reflejos admirables, un deseo enorme de saber y conocer el porqué de las cosas.

En un gesto de humor y cariño le dijo un día a su madre ante una pregunta que la puso en aprieto: “qué bien llevas el nombre, chiquilla”. “Ya lo sé, mamá; Minerva es diosa de la sabiduría”.

A Tirma y a Dácil también les ayuda su madre a mejorar los ejercicios de redacción y a pintar en los pocos ratos libres que tiene. No hace falta insistirles mucho en que lean porque ya ellas tienen afición a la lectura. Machado es el poeta preferido de Tirma, mientras que Dácil y Minerva devoran a los de la generación del 27; y no podía faltar un poeta canario: Alonso Quesada, “el profeso caballero de la noche”. El poeta que tenía que ver los domingos “los libros ingleses, pero no los de poesía”, como dice Unamuno.

Tirma habla a sus hijos de los ingleses en Canarias, de las conexiones que han existido siempre con las Islas

Británicas y de cómo muchos isleños encontraron el pan de cada día trabajando en compañías inglesas.

Unamuno dirá: "a la manera de la sutil y casi impalpable poesía inglesa".

Luis no siente cariño por sus hijos. Sólo el mayor le pone orgulloso por ser macho. De las niñas dirá en tono despectivo que son "mujeres", algo así como si seres inferiores. No piensa que son personas como persona es su mujer, con la que se unió para siempre.

Cosa rara: a él, tan dominante con su cónyuge a la que exige un perfeccionamiento estúpido, no le preocupan demasiado los estudios de sus hijos. De esto se encarga Tirma, sacando el tiempo no sabe de dónde.

Aparte de las calificaciones escolares bastante altas que obtienen todos ellos, con su sensibilidad, inteligencia e imaginación los ve ya en el futuro convertidos en arquitectos, hombres de negocio, diplomados en Bellas Artes, arqueólogos -Juan Artemi se conoce hasta el último cacharro guanche- o marinos de guerra.

Tirma no se equivocó. Minerva, su predilecta, le confiesa a su madre que no le gusta estudiar, que cuando termine el bachillerato se quiere poner a recibir clases de pintura. Y terminará graduándose en Bellas Artes.

Su pintura figurativa es natural, espontánea y original. En el colorido y en el sentido de la luz habrá que encuadrarla en los impresionistas franceses. Hace sus primeras exposiciones juveniles con bastante éxito.



Pero tiene una inestabilidad que tan pronto quiere dejar la pintura para dedicarse a la poesía, al canto, o a la escultura. "Mamá, modelar el cuerpo, ¿te imaginas lo bello que es eso?", le dirá a su madre; pero también se interesa por otras ramas del saber y por el mundo que la rodea. Es enormemente observadora.

Luis Tenesor seguirá el camino de su padre desde el momento en que entró a trabajar con él a los dieciocho años. Pero la vida enseña y ni por nada del mundo se convertirá en lo que es su padre: un esclavo del trabajo y del dinero. Respecto a esto Luis Suárez tiene verdaderas dependencias.

Luis Tenesor es muy inteligente y lee Filosofía, Política y Sociología; y llega a adquirir por sí mismo una formación socio-política digna de un universitario. Una vez adquirida esta formación militará en un partido de izquierdas, lo que será piedra de escándalo en su familia, máxime cuando es elegido por unanimidad Secretario Político de dicho partido.

Tirma y Dácil. Dos físicos diferentes. Dos siquismos diferentes. Un mal común: ser desconocidas para sus padres. Se comunican entre sí sus desventuras y sus aventuras. Sus primeros ilusionismos que ellas creen es que están enamoradas.

Tirma le dio calabazas a un pretendiente sólo por parecerse físicamente a su padre. Además, impulsivamente le dijo: "me recuerdas a mi padre hasta en el mo-

do de hablarme. Con un hombre así no me casaré nunca”.

Dácil es muy coqueta y trae a los muchachos de coronilla. Le encanta que la halaguen, lo necesita. Piensa razonablemente que aún es muy joven para casarse y que quiere abrir el ojo para no dar con un hombre como su progenitor.

A la hora de elegir carrera se deciden por la misma: licenciatura en Historia del Arte. Se conocen casi todos los famosos museos del mundo antes de salir de Canarias.

Así como para Tirma “como el Prado no hay nada”, a Dácil le chifla “L’Hermitage” de Leningrado, el museo de las trescientas veintidós salas con sus departamentos de cultura primitiva, “Cultura y artes del antiguo mundo”, “Artes de la Europa Occidental”, con un conjunto del siglo XVIII casi tan rico como el del Louvre.

A Dácil le extraña que la pintura española haya llegado hasta el otro extremo de Europa y se encuentren en el museo de la ciudad de las islas sobre el Neva obras pictóricas de Velázquez, Ribalta, El Greco, Zurbarán.

“Pero, Dácil, ¿no sabes que la pintura española es de las mejores del mundo y se encuentra representada en la mayoría de los museos?”, le dice su madre. Las chicas se beben el Skira y otras enciclopedias del Arte que su padre trajo de Londres cuando estuvo en una ocasión en viaje de negocios.

¿Y Juan Artemi? Él hará carrera técnica en Las Pal-

mas sólo por no separarse de su madre, aunque su vocación era la marina. No dejaba de despedirse de ella cada noche al acostarse. No se le escapaban un gesto o ademán brusco de su padre para con su madre, la que le dio el ser, a la que él ama de un modo especial, sicológico.

¿Qué pasa con este mosaico de chicos? ¿Qué ideales tan diversos se han forjado? ¿Qué influencias han tenido sus padres en sus vidas? Han crecido como huérfanos en el plano afectivo.

Pino es un rayo de luz en sus existencias. Con ella comentan, con la confianza que les inspira, sus salidas furtivas con muchachos, sus escapaditas al Monte a casa de unos amigos o sus idas al cine.

“Nos gustan las películas de amor”, le dicen a la muchacha. Pino da un suspiro. ¿Pensará en su hombre ido años ha para siempre? ¿Añorará los afectuosos y apasionados abrazos de su difunto Santiago?

Una foto del día de su boda con un sencillo marco de madera reposa sobre su mesilla de noche. Todos los días le da un beso antes de irse a la cama. Alguna vez se le escapa una lágrima.

Han pasado diez años. A Tirma Betancor le sale la primera cana. Es muy visible en medio de su oscuro cabello. Su tez sigue tan tersa y sonrosada como lo era a los dieciocho años. Su cuerpo no se ha deformado a pesar de sus múltiples embarazos y pocos cuidados.

Algunos creen que es la hija mayor de su marido, cosa que a Luis le fastidia enormemente. Éste ha aumentado mucho de peso, lo que le hace aparentar algunos años más.

Y a la inversa, las chicas están tan hermosas y bien desarrolladas que en una ocasión llamó un señor a la puerta y, al salir la mayor a abrir ésta, el otro preguntó “por su marido”. Tirma Suárez tuvo que disimular la aversión que le produjo el pensar que aquello hubiese sido realidad.

Trece de junio de un año cualquiera. Doña Carmen muere de cáncer de pulmón. El día anterior se había encomendado a San Antonio, del que era tan devota.

Sus hermanas llamaron por teléfono a Tirma, la cual se lo comunicó a su marido temblando. ¿Emoción y miedo? Pudiera ser en esta mujer que no separaba ni ponía cada cosa en su sitio.

Tuvo que venir una íntima amiga de la casa y decirle a Luis: “Pero ¿no te das cuenta de que se trata de tu madre política?”. Como en otras ocasiones, bajó la cara avergonzado y cedió.

Doña Carmen, sus restos, estaban ya en lujoso féretro negro como el azabache. Su rostro parecía una imagen de Alonso Cano. Como le dio un paro cardíaco mientras dormía, la maligna enfermedad no llegó a hacer estragos en ella. Jamás se vio un difunto con tan pocas trazas de estarlo.

Cuando las chicas entraron en la capilla ardiente, rompieron a llorar ruidosamente y sin parar, mientras besaban el rostro de su abuela una y otra vez. La tía Ligia las retiró con cariño cogiéndolas por los hombros y las llevó a la cocina para darles una taza de tila y azahar.

Luego las llevó a tenderse en la que fuera la cama de la abuela; pero ellas se empeñaron en que querían acompañarla por todo el tiempo que no pudieron hacerlo en vida.

Sentadas cerca del féretro. “¿Qué piensas, Tirma?”, pregunta Dácil. “Que algo nuestro se nos va, que de nuestra abuela tendremos sólo el recuerdo, como decía Azorín: la fragancia del vaso”.

Dácil comentó que se podían consolar con los recuerdos materiales como las cadenas de oro, el semanario de plata, los pendientes con camafeos y los relojes de marca que les regaló al terminar el bachillerato. En la cara de Tirma se pudo ver una expresión de desconsuelo, de decepción, al pensamiento de cosas tan materiales.

Ella llevaría dentro, toda su vida, el recuerdo de su cariñosa mirada, el recuerdo de su amable sonrisa. La fragancia del vaso.

Tirma Betancor, hija de doña Carmen. Arrastra consigo un estado de depresión profundo, pero no derrama ni una lágrima. Piensa tristemente en su feliz niñez junto a sus adorables padres que la llenaban de caprichos. En la niñez en la que la colmaron de felicidad

que no volvería, jugando en el jardín de Tafira con el bardino y con su perro ratonero encontrado en la calle. En su niñez en el jardín de sus padres, cuando arrojó la llave de la despensa al pequeño estanque decorativo y quedó para siempre oxidada. Y más tarde, de mayorcita, cuando su madre le mandaba cortar flores frescas para colmar los tibores del salón.

Le vino a Tirma a la mente el pensamiento de sus padres. ¿Se quisieron tanto como ella y Luis? ¿Disfrutaría su madre, el cuerpo joven de una mujer, como ella estaba dispuesta siempre a disfrutar con el de Luis? ¿Le negaría algo la vida? ¿Fue su madre una esclava del amor para ser así tan feliz como ella? ¿Se embriagaría voluptuosamente en las delicias y sensaciones del placer?

No podía haber otra idea en la mente de Tirma aun en el duelo de su madre. Todas sus asociaciones y recuerdos iban siempre a desembocar en lo mismo: en la locura de amor que ella padecía.

Cuando el féretro con el cuerpo de Doña Carmen fue colocado junto al de su padre, Tirma pensó que ahora se amarían de nuevo en cuerpo y alma y no sólo en el recuerdo.

Pensó que cuando la tierra cayera sobre la fosa se darían el primer apasionado abrazo que se había hecho esperar tantos años. Y que cuando llegase la noche llena de calma y silencio, de ensueño y misterio, sus padres se saldrían de la fosa, rodearían el panteón familiar

abrazados por la cintura celebrando su segunda luna de miel. Y volverían a sentir el primer éxtasis como lo sintieron mucho tiempo atrás en el día de su boda. “Amarse locamente: así como mis padres en la sepultura”.

Los acompañantes quedaron petrificados al oír aquellas palabras. Luis se acercó al lugar de Tirma, la agarró con fuerza por los brazos y le preguntó que si estaba loca, que se dejara de escenas.

Ella quedó muda, pensando; pensando en su final y en el de Luis. La mirada dispatada, el cuerpo rígido y los músculos de la cara tensos. Sus hijos estaban más que conmocionados ante la actitud de su madre.

Juan Artemi se acercó, la besó con fuerza en el cuello y mejillas, al tiempo que le dijo: “cállate, mamá querida; cálmate, amor, lo que más quiero en este mundo”.

Terminada las honras fúnebres Luis da malamente el pésame a su cuñadas y decide regresar a casa.

A las seis de la tarde aparece su hermoso y brillante coche color gris plata ante una casa cualquiera de la Avenida Marítima. A Luis le gusta dar la impresión de que los negocios le van muy bien, y que esto se debe a su propio esfuerzo y no a la ayuda de sus suegros.

Por eso, nada mejor que lucir un lujoso coche y habitar en un no menos lujoso piso. Pero Tirma vive encerrada en una jaula de oro.

Sigo preguntándome cómo le compensaría a esta

mujer la pérdida de su libertad, de su identidad, su alienación, sólo por poseer a un hombre como su marido.

En realidad era Luis quien la poseía a ella como un juguete para el deseo de un niño mimoso. Para cogerlo y soltarlo cuando le viniese en gana.

Pino tiene todo en orden y muestra sus sentimientos de condolencia a los Suárez diciéndoles: "Dios la tenga en la gloria".

Tirma entra en la alcoba, en su santuario, para dejar el abrigo color crema de hilo -que tan bien le sentaba- sobre la cama y quitarse las perlas que su madre le había regalado hacía un mes con motivo de su bodas de plata. Luis le había regalado un pequeño dije con un brillantito y un zafiro azul con cadena de platino. Su avaricia ha dado un giro.

No quiere que su mujer desentone al lado de las de sus amigos, todas ricamente alhajadas, no vayan a pensar que sus negocios andan mal. Ése es su mayor orgullo. Cuando recibe carta de un banco tratándolo de "importante comerciante de esta plaza", se pone tan orgulloso y presume de ello como los que presumen de tener un título universitario.

¿Qué lugar ocuparían el sentimiento de solidaridad, el sentimiento de la amistad, de la consideración y toda clase de valores que no fueran materiales en la jerarquía de los mismos para Luis? Creo que para Luis en primer lugar está el dinero; en segundo, el dinero; en tercero, el dinero... y más vale no continuar.



Tirma se dispone a preparar los consomés, a sacar las pechugas de pollo con bechamel preparadas de antemano y a sacar las peras en almíbar de la nevera. Cuando todo estuvo dispuesto y se sentaron a la mesa, Luis protestó al notar la ausencia de las natillas en el aparador.

“¿Cómo te atreves a exigirle eso a mamá en un día como el de hoy?”, saltó Juan Artemi en defensa de su madre. Sus hermanos pensaban como él, pero no osaban levantar la voz. Le echó Tirma una mirada de reproche.

Dácil permanecía con los ojos bajos y muerta de miedo y Minerva dio un suspiro para aliviar su pena. Juan Artemi pensó para sí: “vaya hombre desgraciado que tengo por padre”.

Las manos de Pino desgranaban en la cocina las gruesas cuentas de un antiguo rosario heredado. De vez en cuando repetía: “Señor, tenla en la gloria”. Su rezo se convertía en una monótona salmodia que a los oídos de Minerva sonaban a algo celestial.

La cena ha terminado. Las chicas ayudan a su madre a recoger la mesa mientras Pino toma su parco refrigerio: un caldito de papas acompañado de cebolla cruda que se lleva a la boca de vez en cuando y dos cascos de peras en almíbar.

Cuando termina de cenar, deja la cocina como el oro y se dispone a acostarse, no sin antes decir “buenas noches, señores” y darle un beso y la bendición a cada

uno de sus cinco tesoros.

En su cuarto Pino piensa más de una vez, durante las negras sombras de la noche, cómo es que los ricos no hacen más por ser felices, por lograr un estado de alegría y paz. Ella ignora -aunque lo sabe sin caer en la cuenta- que la felicidad personal depende de las metas que nos hayamos propuesto y haberlas alcanzado; de no arrastrar frustraciones ni desengaños, de no aspirar a mucho para luego no conseguir nada.

Ignoraba la fábula del hombre más feliz de un reinado de eso de "érase una vez...", el cual hombre no tenía ni camisa, tan pobre era. Pero era el más feliz de todos los que vivían en el feudo.

En cuanto a la felicidad compartida, un escritor de la talla de Hermann Hesse dice que es el más difícil de los esfuerzos, y no digamos cuando se trata de la pareja. "No es suerte ser amado; en cambio amar, eso sí que es suerte". Tengo que confesar honradamente que yo prefiero lo primero.

Tirma se está duchando como es usual en ella antes de irse a la cama y deja el baño perfumado que es una gloria, una delicia. Cuando entra semidesnuda en su alcoba luciendo la blanca piel de su espalda y la tersura de su escota y cuello, Luis se da la vuelta para no verla.

Ella se le acerca de modo que al agacharse sus senos den en la cara de su marido, y él la rechaza diciendo: "¡vete para allá, quítate de delante!". Tirma prorrumpie

a llorar desconsoladamente horas y horas hasta las tres de la madrugada.

Su marido duerme como un tronco y Tirma se incorpora de vez en cuando para ver si se despierta. Pero toda esperanza es vana. Por fin se queda dormida y la despierta un fuerte pellizcón que le da su marido en el brazo derecho. Ella cree -ingenua- que es una señal, una invitación al amor; pero es una materialista y vulgar señal de que tiene que ir a la cocina a preparar el desayuno.

Pino se ha levantado. Cree que la mala cara que tiene hoy la señora es debido al dolor por la pérdida de su madre. No se atreve sino a darle los buenos días. Cuando vence su indecisión, es para decirle que se consuele, que doña Carmen era una santa y estará en el cielo junto a su esposo.

Tirma no la escucha, está en su mundo; en el mundo que ella se ha forjado y que la hace convertirse en algo así como una autista. Mecánicamente hace el café, prepara la mesa y se engalana con un deshablillé precioso de gasas y tules semitransparentes en colores pastel.

Quiere estar atractiva para cuando Luis, después de afeitarse y prepararse, venga al comedor. Cuando Luis entra, ella está de pie junto a su sitio-eterna odalisca y esclava- por si se le ofrece algún capricho. Él ni la mira y sí le da un ligero y significativo empujón.

Tirma se sienta y toma su desayuno en silencio: té con tostadas, huevo pasado, pan moreno, mantequilla

y miel. Con las manos en el regazo espera que Luis termine con la última galleta. Este se levanta con aire displicente y ella queda con la última mirada perdida, con la mente en tal estado que no sabe ni dónde se encuentra, con el corazón a la vez destrozado y feliz.

“Luis me quiere y yo a él”, dice en un suspiro y matizando inconscientemente la voz. No advierte que Pino ha entrado a recoger la vajilla del desayuno.

Pino sale espantada del comedor pues es muy supersticiosa y cree en brujas y endemoniados. Recuerda que en Cardones se decía que a principios de siglo las brujas andaban al anochecer alrededor de una gran cueva en donde hacían sus aquelarres, eran poseídas por el demonio, parodiaban los cultos de la Iglesia Católica y celebraban sus misas negras.

Ha pasado una hora y Tirma sigue sentada en el comedor monologando mientras manotea y gesticula como si estuviera hablando con alguien. Las chicas entran, dan los buenos días y ella ni se entera. A Tirma le vino enseguida el recuerdo de su infancia, es decir, los muchos recuerdos de cuando hablaba a su madre y ésta parecía ausente.

Cuando las chicas terminaron de desayunar vinieron sus hermanos, pues se habían levantado más tarde ya que arrastraban el cansancio de un fin de curso muy apretado.

Al salir todos del comedor hablaron de la necesidad de llevar a mamá a un buen siquiátra. Todos menos Juan

Artemi que furiosamente afirmó que mamá no tenía nada, que bien sana y guapa que estaba para su edad.

Tirma hizo oídos sordos; y cuando su madre se estaba arreglando para ir a la oficina, entró en su alcoba y fue directamente al grano. Su madre saltó "¿al siquiatra? ¡aquí todos están locos menos yo!",

No hubo manera de convencerla de que la tía Ligia y la tía Pinito pensaban lo mismo; arguyó que sus hermanas sí que estarían locas.

Tirma Betancor entra en Importex y los empleados de su marido la saludan respetuosamente con unos buenos días acompañados de una ligera inclinación de cabeza. El "la acompañamos en su sentimiento" se lo habían dicho el día anterior en el camposanto.

"¿Hay mucho trabajo hoy, Luis?". "Sí", dijo él con sequedad. "Pon en orden estas facturas y disponte a hacer un pedido de repuestos de Klunjans".

A pesar de lo engorroso del trabajo, Tirma lo hizo con la perfección habitual sin haber pasado nunca por un secretariado. Como terminó antes de lo previsto, se puso a ordenar un fichero hasta que le dieron las doce. Marchó hacia casa a dar el último toque al menú.

Quedaba consomé del día anterior, los filetes de ternera estaban ya empanados y sólo faltaba cocinar unas verduras. Todos eran aficionados a los calabacines guisados, las zanahorias, las habichuelas y coles de Bruselas. La fuente estaba preciosa, pero para adornarla

mejor Tirma puso rodajas de huevos duros alrededor, intercalados con rodajas de carnosos tomates.

Cuando Minerva la vio, exclamó: "¡Mamá, has hecho una pintura de lo más colorista!". Me recuerda esta fuente los cuadros de los pintores del Mediterráneo". "Ya está la sabionda de la casa, la culta latiniparla" fue el comentario de su madre.

Dos de la tarde, y están todos a la mesa. Los ojos de Minerva se abren ampliamente cuando ve en el aparador un gran tazón transparente con melocotones en almíbar junto al frasco de la crema. Su postre predilecto.

La comida transcurre con algunos comentarios de los hijos acerca de las incipientes vacaciones. Mientras para Luis Tenesor no hay nada como pasarlas en Argineguín pescando y hablando con los barqueros, practicando la pesca del tiburón -todo lo que se diga del mar es poco para Tenesor-, las chicas desean ir al chalet semiolvidado de sus abuelos.

Quieren recordar, traer a la memoria los bellos recuerdos, la fragancia del vaso, de sus cortas estancias allí años atrás. Y mirar si aún está como un recuerdo más la llave oxidada en el fondo del estanque.

¿Y los tibores de porcelana china? Las tías se los han repartidos y algunos cambiaron de sitio. En su lugar pueden verse figuras de palo de rosa, elefantes de ébano, porcelana danesa, cerámica inglesa, cristal de Murano y un cacharro guanche de la zona de Gádar, regalo

de Artemi a su abuelo. Fue su nieto predilecto. Hasta llevaba su nombre de pila en primer lugar: Juan.

¿Tenemos que decir que, con más de veinte años, cada hija de Tirma Betancor no ha tenido ya más de un amorío? Evidentemente que sí. Están muy solicitadas debido a su físico y a la simpatía, a la personalidad arrolladora que poseen.

Dácil y Minerva traen de coronilla a todos los chicos que conocen. Mientras Dácil es inmadura y muy emotiva, Minerva es muy cerebral, aunque no deja por eso de ser afectiva. Con el tiempo descubrirá que es bastante apasionada y no quiere verse en el retrato de su madre. No quiere sufrir junto a un hombre lo que su madre ha pasado, no quiere enamorarse de una manera morbosa y anularse a sí misma.

En cuanto a Tirma, la gran psicóloga que hizo de ella la vida, la lleva a escoger y enamorarse de lo que fue en realidad su media naranja. Como dice Marañón: “¡qué difícil de encontrar!”.

Con el tiempo tendría serios problemas en su matrimonio, debido a la falta de comunicación de Orlando; y no comprende cómo la mayoría de las mujeres hablan tanto de los problemas de la intimidad. Para ella éstos son nimios en comparación con los suyos.

Con inteligencia y habilidad logra cambiar a Orlando. Usó la treta de hablarle de separación. Sabía que, sin ella, él no era nadie a pesar de ser muy inteligente. Y sa-

bía que la amaba a su modo.

Tirma Suárez tenía terror a los noviazgos y a las bodas prematuras. Por eso esperó a cumplir los veinticinco años, no sin antes convivir con su novio durante doce meses en un apartamento prestado por una tía materna.

Entre los dos llevaban la administración de la casa, compartían los quehaceres domésticos y todas esas incómodas pequeñeces como ir a la telefónica, a la compañía del agua, buscar un fontanero porque los grifos no funcionan... Compartían la mesa, el lecho, las lágrimas y las risas.

¿Por qué fracasan tantas parejas al casarse y que piensan van a ir al paraíso para toda la vida sólo por el hecho de conocer a su compañero o compañera en la cama? Como dice Fernando Díaz-Plaja, entre sábanas sólo se está unas horas, tal vez media; pero durante el día queda mucho tiempo para la incomprensión, los malentendidos, la brusquedad, la intolerancia.

¿Por qué muchos buscan la felicidad casándose y otros quedándose solteros? Me parece demasiado bella la expresión "felicidad continua". A mi modo de ver existe una felicidad a plazos. Lo otro es una utopía.

Tirma Suárez es feliz a plazos y se da con un canto en el pecho por tener otra idea del amor diferente a la de su madre. Ella es un ser independiente y Orlando es otro.

A Dácil le costó enamorarse, pues era muy coqueta y narcisista. Pensaba que todos los hombres eran malos



y creía que al atarse ya no podría tener una vida tan fácil y sí muchas responsabilidades. Tenía más la madurez de una chica de dieciocho años que la de los veinticuatro que acababa de cumplir.

Tirma, casamentera como ella sola, le aconsejaba y le recordaba las conversaciones que tuvieron de niñas y los juramentos que hicieron de enamorarse de un hombre diferente al padre que poseían. Dácil no hacía oídos sordos. Su padre ¡qué horror!

Nunca se sabe. Un domingo por la tarde fue invitada a merendar a casa de su hermana. A las seis y media se termina de abrir la puerta entreabierta del comedor y entra un hombre que a Dácil le dejó la respiración entrecortada. El clásico flechazo.

Él también reparó en ella antes de serle presentado y tuvo que disimular la impresión que le causó. Una Dácil para un Juan Luis. Éste había sido invitado intencionadamente por Tirma para ver si picaba. Estaba harta de verla mariposear cual eterno Don Juan y de-seaba una vida más estable para su hermana.

La merienda transcurrió alegremente en el elegante comedor estilo victoriano que Tirma Suárez había heredado de su abuela materna. El juego de té fue otro regalo traído de un famoso anticuario de Brighton, de época georgiana. La mantelería, canaria de hilo calado color crema.

Dácil se alegró cuando, al servirle Juan Luis su ta-

za, pudo ver que quedaba flotando un palito en la superficie; pues sabía que, según la superchería inglesa, eso significa un pretendiente muy interesado por ella. "¿Será este apetitoso hombre?", penso para sí.

La charla fue muy animada, ya que Juan Luis hablaba de su reciente viaje a Europa, principalmente a Italia, donde había tenido que ir a realizar unos estudios sobre Vulcanología. "¡Si Minerva hubiese estado aquí! Con lo que le gusta saber de todo...!" fueron las palabras de Dácil.

Arguyó que para volcanes ya teníamos con el Teide -al que su padre de niño vio en llamas desde esta isla- pero que, desde luego, no dejaba de ser interesante y que le fascinaba la Montaña del Fuego de Lanzarote. La primera vez que vio cocer huevos y hacer comidas allí fue para ella como un milagro.

Juan Luis miraba con frecuencia el bello rostro de Dácil, su grácil forma de moverse en la silla, su nerviosismo vital, su porte natural y superfemenino al tomar la taza de té. Todo en ella le pareció encantador.

Ahora la muchacha coqueteaba inconscientemente. Se sentía atraída por este hombre de una manera irresistible.

Seis de julio por la tarde. Juan Luis sale con Dácil. Van a merendar a un Delikatessen. A Dácil le encantaban las especialidades alemanas.

Con el correr de los años se volvió más comunicati-

va que de niña y menos miedosa. La influencia de su hermana mayor fue muy positiva para ella, máxime cuando tuvieron que compartir tantas horas de estudio tras haber elegido la misma carrera.

Mientras Tirma prefería en la pintura el Barroco en Flandes y Holanda, Dácil se inclinaba marcadamente por la escuela de pintura veneciana.

Ambas eran unas enamoradas de la escultura de Miguel Angel, el escultor de quien se ha dicho que, además de cargársela con su propia miseria y fatiga, se le ha cargado a cuestras un mundo de errores ajenos y los errores de un siglo.

El arte, a veces, es una dura carga que obliga con los hombres.

Dácil saboreaba con una fruición especial su porción de tarta y su taza de té. Juan Luis, un buen café y un pastel de chocolate.

Hablaron de sus carreras, de las que ambos estaban muy satisfechos. De sus aficiones. Juan Luis, de los caballos y el ajedrez. Dácil, del tenis y el canto.

A Juan Luis lo del canto no le hizo ninguna gracia, pues opinaba como Napoleón que la música es el menos molesto de los ruidos.

- ¿Vamos a nadar mañana?
- No es mala idea con estos días tan buenos - contestó Dácil.

Al día siguiente estaban a las once y media en Las Canteras. Cuando Juan Luis se quitó el pantalón blanco y el suéter de hilo a rayas tipo marinero que vestía, a Dácil casi le da un vuelco al corazón. Lo mismo que le ocurrió a él al quedar la muchacha en bikini como una gacela convertida en mujer.

Un cuerpo para otro cuerpo.

Disfrutaron en el agua. La marea estaba alta y se podían ver las rocas a través de una agua verdosa, transparente y limpísima. El olor de algas tenía una fragancia especial con su contenido en sales de yodo y como si encerrase el aroma de todos los océanos juntos.

Tendidos al sol boca arriba sobre unas preciosas toallas. Una llevaba estampado un dios Neptuno con su tridente. La de Dácil, en amarillo y azul; mientras que la de Juan Luis era a rayas en amarillo y marrón, con un gran girasol en el centro.

Silencio significativo. De vez en cuando cambian algunas palabras y se dan la mano. Ahora se colocan boca abajo. Las manos de ambos siguen sujetas.

Juan Luis le pregunta a Dácil si quiere ir por la tarde al Bentayga o a ver una película de Berlanga. Ella se decide por el Bentayga. Le trae a la memoria recuerdos del pasado, de su familia materna. Después de darse un chapuzón, se visten para regresar a sus casas.

“Creo que vas a tener que preparar otra boda, mamá”, dijo Dácil al entrar en casa. Y mamá: “ya será

hora de que sientes la cabeza, hija mía, igual que tu hermana Minerva”.

Tirma Betancor deseaba que su hogar se fuese desalojando para estar a solas con Luis. En cierto modo le estorbaban aún sus hijas. Juan Artemi era caso aparte.

Dácil y Juan Luis reprodujeron el caso de sus hermanas y cuñados. Un apartamento de las tías prestado por un año.

Los tres meses fueron muy fáciles. La convivencia parecía perfecta, pero aquí hubo más lágrimas andando el tiempo por parte de Dácil. Y menos amor que lo imaginado.

Juan Luis resultó ser más egoísta que lo normal, y a Dácil esto la hería enormemente. Él no comprendía sus lloreras y el por qué ella no se amoldaba a él.

- Una mente que no le va a otra mente.

¿Serán los hombres egoístones? ¿Por qué normalmente exigen que nos adaptemos y cedamos nosotras y no ellos? ¿Es tan difícil una adaptación por parte de ambos?

A veces me pregunto por qué no se hace un pacto verbal o escrito de lo que se ha de hacer y de lo que no se ha de hacer. Me parece que las personas tenemos mala voluntad. El desamor ya es otra cosa más grave. Con éste no se va a ninguna parte. Es decir, se va a la dolorosa ruptura.

Tras llorar noches y más noches hasta la madrugada sin recibir ningún consuelo por parte de su compañero sino más bien colerones y miradas de desprecio, decidió, sacando fuerzas de flaqueza, dar ella el paso.

No quería ser la reproducción del retrato de su madre, Tirma Betancor.

Dácil se dio cuenta de que Juan Luis exigía sobre todo una mujer mucho más apasionada que ella y que estuviese dispuesta a todo por él a la hora de la intimidad. Pertenecía a esa clase de hombres que dan poco y quieren mucho.

Cuando Dácil oía “estoy cansado de acariciarte, me duele la mano”, se levantaba de la cama y se metía en el baño a llorar. Las decepciones que sufría eran las de cualquiera que fuera una mujer en estos casos y estaba dispuesta a todo menos a convertirse en mártir.

¿Y Minerva? Hasta ahora había contado con muchos admiradores que solía conocer en las salas de arte cuando ella exponía o cuando lo hacían otros. Le contaba a su madre los desplantes que daba a los chicos.

Era en esto una experta y se preguntaba que por qué gustaría tanto. Su madre le dijo que siempre se había preguntado por qué las vampiras tenían más aceptación que las buenas y entregadas, las de corazón noble.

¡El hombre! Esa pequeña bestia tan difícil de comprender. Aunque pienso que nosotras somos más com-

plejas y astutas.

Minerva presenta una muestra de su obra en la sala de Madrid "Goya". El éxito de la joven canaria es clamoroso. Su pintura revela su personalidad, de la que hemos hablado: vivaz, con un rico mundo interior y particularmente femenino.

Su sentido del color recuerda al del peculiar pintor dentro del impresionismo, Paul Cézanne. Sus naturalezas muertas tan famosas como el "Bodegón" y "El vaso azul" le subyugan y tiene ella, como el pintor francés, un claro deseo de expresar el espacio y el volumen.

Está deseosa de visitar el "Jeu de Pomme", aunque pisando antes el Prado. "No quiero morir sin conocer la pintura de Cézanne", decía. "Mamá, ¿sabes que se ha definido a Manet como *un extraordinario aparato sensorial y un extraordinario ejecutor?*". "Lo que yo digo: la culta latiniparla de la casa", comentó Tirma.

Exposición Bienal de Arte Canario. Exponen treinta pintores de Las Palmas y Tenerife. Lugar: Gabinete Literario de Las Palmas. Las papayas, los duraznos, las naranjas y los plátanos, aguacates y tunos firmados por *Minerva Betancor* -usa el apellido materno- causan sensación.

Es Canarias con su exotismo volcado en los lienzos. Es una pintura fresca, joven, colorista y auténtica. Es Minerva proyectada en sus cuadros como otros lo hacen en sus escritos.

Casi todos los expositores quedan encantados con Minerva. Aparte de atractiva tiene una simpatía personal que arrastra.

Ella aprovecha para hablar con sus compañeros desde el Arte Griego hasta el Románico. Es una enamorada de Zamora por su riqueza en monumentos de esta clase.

Cuando habla de Toledo parece que no va a terminar. Se sabe la catedral de Toledo de memoria, ya que estuvo visitándola dos horas. Posee unas dotes de expresión muy buenas.

“El expolio” del Greco, que se encuentra en la Sala Capitular, le subyuga por el hermoso rojo escarlata de su túnica. La sillería del coro, de la que se ha dicho que un judío grabó la madera con el uso de una navajita siendo cada sitial diferente en ornamentación. La puerta del Tesoro, de estilo plateresco con sus pequeñas estatuas correspondientes a diferentes santos.

¡El tesoro de esta catedral! Minerva dice que no puede haber iglesia en el mundo que lo posea de tanto valor y belleza. Los joyeros de plata y cristal de roca, la artística espada regalada por Alfonso VI, la famosa custodia ejecutada por Enrique Arfe, de más de 180 kilos de peso incrustada de piedras preciosas, y la cruz en que termina ésta, toda de diamantes.

Ella confiesa que estuvo dos horas dentro de dicho recinto y sin guía turístico, “que todo te lo explican deprisa y corriendo y a veces con errores”.



Si dejamos hablar a Minerva sobre la Capilla Mayor, las rejas platerescas de hierro forjado, la sacristía, los maravillosos artesonados mudéjares, el famoso transparente de estilo churrigueresco al fondo de la Capilla Mayor con su abertura genialmente realizada exactamente en el centro de gravedad de la nave, de manera que el Santuario de la Capilla Mayor recibe la luz solar directamente, creo que nos daría una conferencia de dos horas y no su opinión personal sobre la belleza y el exotismo de esta catedral.

Pero al que guste del arte, no se aburre. Habla Minerva con una naturalidad y una expresividad, unos matices de voz, que ella misma se convierte en arte.

El segundo día, a la hora de cerrar la exposición al público, uno de los expositores que había quedado prendado de Minerva desde que la vio le preguntó que si quería ir con él a cenar. Ella aceptó de buena gana.

A las nueve y media estaba lista para salir. Llevaba un vestido semitransparente de color azul marino vaporoso y muy femenino que contrastaba con la palidez satinada de su piel. Bolsito y zapatos plateados, maquillaje muy ligero y como única joya un pequeño colgante de diamantes y perlas, regalo de su abuela materna.

Alfonso se quedó casi sin respiración. Si encantadora estaba la muchacha en vaqueros y una camiseta, y dando la imagen de una mujer algo bohemia y contestataria, ahora estaba tan encantadora también y con un no sé qué, una especie de sexy distinto al que

ponen en boga las revistas ilustradas.

Últimamente había aumentado cinco kilos de peso que no le habían hecho perder su carga de sexy. Alfonso le dio un beso en la mejilla -que ella recibió como si tal cosa- y tras cerrar la puerta bajaron por las escaleras. A Minerva le producían mareo los ascensores.

Ya en la calle decidieron el restaurante donde ir a cenar. Tomaron un taxi y en un cuarto de hora estaban a las puertas de uno encantador, con jardín que traía a la memoria el estilo italiano.

A la entrada había una serie de pérgolas en forma de círculos, círculo que se abría en un pasillo central hasta llegar a la puerta al vestíbulo. El olor a jazmín y madereselva sumió en sensaciones olfativas maravillosas a Minerva.

No sólo amaba el color. También amaba el mundo del olor y de los sonidos. La música incitante que sonaba en el comedor y que podía oírse desde fuera la hicieron contonearse suavemente de izquierda a derecha. “Ignoraba que tuvieras tanto sentido del ritmo”, le dijo su acompañante.

- Tengo el hueso de la segunda falange del pulgar sobresaliente. ¿No te gusta la Quirología?

- Sé muy poco de eso; además no sé hasta qué punto tiene un fundamento científico.

“Lo tiene”, dijo Minerva. “La prueba es que en Estados Unidos se estudia en las facultades de Psicología y Psiquiatría.

Minerva tomó espontáneamente la mano de Alfonso y comenzó a decirle que había nacido con buena estrella, pues la línea del destino estaba perfectamente dibujada y ayudada por la línea solar debajo del anular.

Le dijo además que sus montes demostraban que era algo complejo con tantas líneas entrecruzadas, inclinado a la poesía, no muy bien dotado de oído, buscador del arte por el arte, amante de la paz y de la justicia, poseedor de una buena dosis de sentido común y de voluntad para realizar lo que se proponía. Alfonso no salía de su asombro y le dijo que todo aquello era cierto.

- ¿Dónde has aprendido eso?

- En un libro de Quirología que me compré. No me gusta que nadie me enseñe, sino aprender yo sola. Y aprender de todo. ¡Si mi madre me llama la "culta latiniparla"!... Si se dice que los genios aprenden solos, yo debo tener algo de ello.. ¡ja, ja! Yo misma me lo digo.

Se sientan en un rincón íntimo, acogedor. Alfonso le ofrece la carta a Minerva. Ésta se decide por un consomé al jerez, un lenguado a la "meunière" y un helado de vainilla de postre. Alfonso por unos entremeses, una pechugas de pollo en bechamel y el mismo postre que Minerva. Como bebida, vino rosado de Portugal.

Minerva habla tanto mientras come, que Alfonso tiene que decirle "come y calla", como a los niños pequeños. Ella arguye que es geminiana y que, según el horóscopo, los nacidos bajo ese signo cogen el monopolio de la palabra, distraen a los demás con su conversación

y salen muy económicos en los banquetes.

Alfonso no cree en esas paparruchadas como él dice, sino en los genes hereditarios y sobre todo en la educación y en el ambiente socio-cultural en que se ha desarrollado la persona.

"Yo también", dice Minerva, "¿te crees que soy una bruja? Creo que en nuestra personalidad influye una suma de lo que hemos dicho tú y yo".

- Así está mejor -dijo Alfonso.

Alfonso abrazó a Minerva por la cintura con delicadeza, mientras sus manos libres se unían. Poco a poco Alfonso fue atrayendo el cuerpo de Minerva hacia sí, cosa que a ésta le resultó incómoda. No concebía tanta intimidad con un hombre que acababa de conocer y que le estaba atrayendo poco a poco.

Ella era normalmente llana y natural en el trato con muchachos. Pero nunca le había interesado ninguno en serio. Creía en el amor libre, y el día que se lo comunicó a su madre ésta se llevó las manos a la cabeza.

"¡Pero eso es un concubinato, hija mía!", dijo Tirma Betancor. "¡Ay, mamá, que atrasada estás! Nos dirigimos al siglo veintiuno y el siglo pasado está muy lejos en el tiempo"

La madre quedó algo preocupada, pues sabía que Minerva era muy indómita y, como se le metiese algo en la cabeza, no había Dios que la hiciese desistir. No es que fuese terca, hemos dicho indómita, pues poseía una

buena dosis de sentido común y sabía los pasos que daba y lo que quería de sí misma.

Además, aunque cerebral, era muy afectiva. No era de un cerebralismo frío y calculador, sino que usaba la materia gris cuando había que usarla y la víscera cardíaca a la hora de los afectos.

Minerva y Alfonso están bailando un ritmo lento con las manos fuertemente apretadas y los cuerpos cada vez más juntos. Sus mejillas se rozan: “su aliento de jazmín y nardos”, que diría el poeta, hiere agradablemente el olfato de Alfonso.

Cuando deciden sentarse, ambos están emocionados, no pueden decir palabras, están disfrutando recíprocamente su presencia. Al fin Alfonso rompe el hielo para preguntar a Minerva si quiere dar un paseo por los jardines del Hotel. Ella asiente.

La ligera humedad del ambiente es de lo más agradable, añadiéndole voluptuosidad al aroma que se desprende de las flores. Minerva extiende sus desnudos brazos para sentir este milagro atmosférico en su delicada piel.

“Es tan grato”, dice con un dejo pastoso. Como toda persona con acusado temperamento artístico, es muy sensual. Alfonso también lo es, aunque en él prime más la carga sexual.

Tras media hora de paseo por los jardines, Alfonso y Minerva se sientan en un banco de hierro forjado pinta-

do de blanco. El banco tiene un aire evocador por su forma. Parece de principios de siglo. Todo lo bello impresiona a Minerva y la hace feliz.

Después de unos diez minutos de silencio, de esos silencios significativos, Alfonso dice a Minerva:

- Hacía tiempo que no lo pasaba tan bien en compañía de una mujer.

- Y yo en compañía de un hombre. ¿Quieres que salgamos de vez en cuando?

- Encantado. Mañana a las ocho iré a buscarte.

Tras dejar a Minerva en su casa a las doce de la noche y de despedirla con un abrazo y un beso en la mejilla izquierda, Alfonso dice: "Hasta mañana, reina".

Al día siguiente por la mañana Minerva visita a su madre. Quiere contarle su éxito en la Bienal de Arte y su éxito como mujer. "Creo que me estoy enamorando y, como no creo en lo de ahogar los sentimientos, terminaré atada a este chico".

Su madre suspira de un modo peculiar. Minerva lo advierte y le dice que no se disguste, que a ella le encantaría si lo conociese; pues, aunque no es tan guapo como su padre, también tiene atractivo y, lo que es mejor, se entienden hablando perfectamente.

"Bien, Minerva", le dice su madre. "Pero ¿has pensado en la vida en común?".

"Es que ya te dije que creo en el amor libre. En caso de que lleguemos a algo serio, papá no se enterará, ya

que está embebido en sus negocios y nosotros pensamos vivir bajo techos separados por temporadas. Además pienso que así tiene más aliciente. Siempre se ha dicho que los amantes quieren más a las mujeres que los maridos oficiales”.

- ¡Que el mío, no! -saltó Tirma impulsivamente.

Minerva dio otro punto de vista suyo respecto a la pareja. Como ella pensaba, en caso de ruptura todo es más sencillo. No hay que gastar dinero, tiempo ni humillación ante un juez, ante un prelado de la Rota y todas esas burocracias.

A su madre no le cabía en la cabeza lo de rupturas en el amor. La idea que tenía del hombre único en la vida de una mujer era contraria a la idea de divorcios, amantes, aventuras extras y cosas por el estilo.

- ¿Has pensado que si te atas a ese chico y algún día llega la ruptura como tú dices, te vas a morir de dolor?.

- Ni hablar. En ese caso “a rey muerto, rey puesto”. Lo que veo en los demás me ha hecho crear mi propia filosofía y digo: “ninguno vale la cola de un pitillo”. Pero cuando una se enamora o mientras se está enamorando, piensa que “como su hombre, nada”. En este sentido sí hay que hablar de “hombre único” como tú dices.

Tirma Betancor quedó pensativa y asombrada del cerebro de su hija. Siempre sintió alguna predilección por ella y, sin darse cuenta, la envidiaba. Su espíritu crítico, independiente de ideas, su amor al saber, la ponían

orgullosa. Tras unos besos en la mejilla y un “hasta pronto”, no sin antes despedir a la fiel servidora Pino, Minerva salió de casa de su madre satisfecha de haberse comunicado con ella.

Se oye un timbre en el apartamento de Minerva que habita en Ciudad Jardín. Alfonso es puntual a la cita.

Se pone el colgante, regalo de su abuela. Sale a la puerta con él en la mano y pide a Alfonso que se lo cierra a la altura del cuello. Él le da un beso en la nuca al acabar de cerrar el broche y le dice: “Nefertitis”.

- Gracias -dijo Minerva, al tiempo que rió.

La chica elige ir a merendar algo, pasear por los jardines del hotel, sentarse a ratos, todo menos cenar de nuevo juntos. Así lo hicieron, y disfrutaron de nuevo a la intemperie en estas voluptuosas noches canarias de verano que yo no he encontrado en otras ciudades. Hay una temperatura suave y un grado de humedad relativo muy adecuado que dan por resultado un ligero bochorno muy apetecible, deseable e incitante.

Alfonso y Minerva están ahora sentados en uno de aquellos evocadores bancos y percibiendo el penetrante aroma de unas adelfas.

- ¿Sabes que mis padres de pequeña me decían que el que olía profundamente estas flores se volvía loco? -dijo ella.

- Loco de amor junto a una mujer como tú.



- ¿Qué dices, Alfonso?
- Lo que estoy presintiendo.
- Pero ¿sólo por dos días estás así?
- No son dos días. Te conocí hace un mes, y mis sentimientos hacia ti van en aumento. La atracción que siento por ti es poderosa.

Minerva fue lo suficientemente sincera como para decirle que a ella le pasaba algo parecido, pero no estaba segura de que sus sentimientos fuesen tan profundos.

Alfonso la tomó por los hombros, le echó la cabeza ligeramente hacia atrás y le dio un apasionado beso. Minerva tardó en reponerse de la emoción, pues nadie en su vida la había besado de aquella manera, ni ella se había quedado tan transportada.

- Alfonso, ¿tú crees que nos queremos?
- ¡Y esto que es! ¿Tú crees que somos chicos de quince años?
- Entonces tenemos que decidir algo. Creo que lo ideal sería que siguiéramos viéndonos con frecuencia, que nos comunicásemos cada vez con más sinceridad para luego dar el salto final.
- ¿Y por qué no damos ese salto antes?
- Me acuerdo de mi hermana Dácil, que terminó fracasando.
- En la vida hay que arriesgarse, mi niña, no pongas tanto cerebro.

Aquella noche Minerva tardó en dormirse. Se levantó y se tomó el clásico vaso de leche caliente con miel y se dio una ducha tibia. Se sintió más relajada.

Fue a la cama y a la media hora notó que el sueño iba a vencerla. Aquella noche soñó con flores, con macetones de hortensias y macizos de pensamientos, con elegantísimos lirios de terciopelo purpurado, con exóticas buganvillas enroscadas en las pérgolas, hermosos geranios rojo lacre, bellos narcisos amarillos, malvas con suave y delicado aroma.

No podía recordar, al despertarse, la cantidad y clases de flores vistas en su fantasía onírica. Pero sabía una cosa: que el soñar con flores significa felicidad, aunque tal vez sea pasajera.

Se desprecizó un poco, sacó sus ebúrneos brazos fuera del embozo y se colocó boca arriba para soñar despierta. Pensaba en lo bello del amor, y que esto es lo único realmente importante en la vida. Echó en falta a su lado la compañía de Alfonso, aunque sólo fuese para acompañarla.

Minerva tenía un buen despertar. Estaba casi más favorecida y apetecible que cuando se arreglaba para ir a una fiesta. “¡Qué pena que Alfonso no pueda verme ahora!”, pensó al mirarse al espejo. Pero le vino una excelente idea a la cabeza.

Decidida lo llamó por teléfono y le dijo que si podía venir a casa inmediatamente, pues se encontraba algo mal. A los quince minutos se oyó el timbre.

Minerva abrió la puerta y Alfonso la abrazó hasta casi dejarla sin respiración. La besó como un desesperado en el cuello y escote hasta el punto de dejarle una señal en la parte baja del cuello.

Ella lo invitó a tenderse juntos en su cama, y fue entonces cuando Alfonso le preguntó por su malestar. "Pero si estás que da gloria. ¿Es que tienes mejor aspecto enferma que sana".

Minerva le dijo que lo que tenía era mal de amores, a lo que Alfonso añadió que eso se arreglaría enseguida. Se quitó sus ropas, se metió entre sábanas con ella, sintiendo el calor de su cuerpo como algo que lo hacía excitarse más. Le levantó el camisón en tonos pastel que tanto la favorecían y empezó a acariciarle el cuerpo de arriba a abajo. La palpaba, le hacía cosquillas, la mordía suavemente.

"¡Qué ganas tengo de desayunar!", dijo Alfonso; a lo que Minerva le respondió que ya estaba haciéndolo. "Por eso lo dije, chiquilla", fue el comentario del ya su amante. Porque lo fue desde ese momento.

Cada día venía por la mañana antes de ir a su despacho de aparejador. Él decía que desayunaba doble: amor y antar. De momento no podían hablar de su decisión, ya que sus padres eran católicos a ultranza, pero ya se lo dirían en el momento más oportuno.

Ni él ni Minerva creían en los papeles ni en las bendiciones. Creían en el amor. Y creían en la muerte del amor. Pero ésta para ellos la veían a tan largo plazo, algo así como imposible en su caso.

Como no pensaban tener hijos, menos complicaciones a la hora de hijos bastardos y toda esa clasificación que se ha hecho excepto la de "hijos habidos bajo la inspiración del amor".

Al cabo de dos meses Alfonso, de acuerdo con Minerva, decide venirse a vivir con ella. A ambos les resulta encantadora la intimidad de su nido.

Salen muy poco. Únicamente a ver buen cine. Minerva pinta el tiempo que puede. La pintura, los lienzos, los chorreantes pinceles, forman parte de su vida.

De vez en cuando le vienen al pensamiento lo que ha sido la vida de su madre y le da una pena inmensa. Compara a su padre con Alfonso y bendice el momento en que lo conoció.

Cada uno hace su vida independiente en lo que puede. Él tiene unos amigos que no interfieren en su unión, así como ella tiene unas amigas que ni siquiera conocen a Alfonso. Y luego los amigos comunes, todos del mundo del arte: poetas, pianistas, cantantes de coro y pintores como ellos. Éstos se reúnen a merendar fuera una vez al mes y a tomar una copa en casa cuando conviene, pues Minerva no está por convertirse en una fregona por muy ilustre que sea.

El piso lo decoran al gusto de ambos, combinando lo moderno con lo clásico y lo exótico de una forma exquisita. Una silla estilo savonarola y una figura de palo de rosa tienen un valo sentimental especial para Minerva

por ser recuerdos de su abuela materna. El estanque, la verja de hierro en la entrada del jardín de su abuela, y la llave oxidada... Qué recuerdos de la infancia, de una afectuosa abuela de la que pudieron recibir más cariño, más comunicación, y lo que recibieron fueron estos objetos materiales que ellas idealizan. Es lo único que pueden hacer.

Cuando Minerva y Alfonso llevan cuatro años de unión, Dácil decide casarse por lo civil con un abogado de Tenerife que conoció en un festival de ópera en Santa Cruz. Es muy afamado y tiene una cultura musical vastísima.

Cuando Dácil le oyó decir por primera vez que su compositor predilecto era Wagner, abrió los ojos llena de admiración y dijo: "pero si a Wagner no hay quien lo entienda".

Tras convivir un año, ambos notaron que se necesitaban mutuamente y decidieron ir al Registro Civil. Para Tirma y Luis no fue del todo agradable, aunque a éste le compensaba la idea de que no sólo Fernando Bencomo tenía mucha clientela, sino que además era rico de familia.

A Dácil le compensaba su amor a pesar de ser bajito y no precisamente esbelto. Sintió un poco tenerse que ir a vivir a Santa Cruz, pero pensó que al fin y al cabo estaba cerca de sus padres y que tal vez el nombre que le impusieron de pequeña había sido una premonición.

Fernando y Dácil viven en una linda casa con jardín

en la zona de Las Ramblas. Fácilmente se adapta la hija de Tirma Betancor a vivir en la hermosa Nivaria.

Los rosales de la India bordean las aceras de la calle donde moran. El parque de Sanabria es algo que Las Palmas tiene que envidiar a Tenerife, y el Jardín Botánico de La Orotava se convierte poco menos que en un lugar de peregrinación para Dácil.

Se aficiona ella a la Botánica, a la que dedica buenos ratos -a pesar de tener tantas horas de clase en el Instituto.

Había hecho oposiciones a cátedra de Historia del Arte un año antes de conocer a Fernando, cosa que nunca le pesó, pues confesaba que hubiese sido incapaz de ponerse a estudiar de casada.

Dos años después del matrimonio, y Dácil se convierte en madre de un niño que físicamente se parece todo a su abuelo materno. Lo primero que se le ocurrió pensar fue: “¿heredará también lo síquico quien ha heredado lo físico?”. Procuró ahuyentar tan desagradable idea de su mente.

Fernando estaba loco con su vástago y regaló a Dácil un reloj de platino y brillantes que la hizo exclamar: “te has excedido, tú y el niño son mis dos amores”. “El regalo es sólo un símbolo”, dijo Luis. A Dácil le brotó una lágrima de emoción y dijo dulcemente al tiempo que le daba un beso: “gracias, Fernando. Tú sí que eres un tesoro”.

Ahora el matrimonio Bencomo-Suárez necesitaba

una chica de servicio fija, pues la limpiadora que tienen sólo viene dos veces en semana y a Fernandito hay que atenderlo mientras mamá está en clase.

Una antigua lechera del monte de Las Mercedes les consigue una mujer con experiencia en cuidar niños pues ha tenido diez. Su marido se fue a Venezuela donde se lió con una indígena y nunca más se supo. Ahora bien, antes de partir le supo dejar el buen recuerdo de unos palizones trantomarse sus correspondientes botellas de ron de Tejina.

Candelaria entró en casa de los Bencomo a primeros de octubre, quince días antes de que Dácil comenzara sus clases. Dácil quería entrenar a la pobre maga, pero ésta estaba más entrenada que la señora.

Sabía cuándo había que poner el bebé en posición vertical; cuándo había que darle la matalahúga para los gases; y en cuanto a los horarios para los biberones los llevaba más a rajatabla que su propia madre. En Candelaria tuvo Dácil una buena universidad.

En tres años de casada nada hace presagiar una ruptura en el matrimonio de la segunda hija de Tirma Betancor. Contrariamente a Minerva y Alfonso, éstos llevaban una vida de burgueses de derechas. Pasan buenas horas en el casino, participan en los concursos de canasta, se aficionan al bingo, van al lugar preferente durante los festivales de ópera, a tomar el té con amigos y piensan poco en las miserias por las que pasa la humanidad, en las calamidades mundiales, en que vivimos

en una sociedad rota por la insularidad, por la explotación del hombre por el hombre. Es decir, se convierten en unos frivolones.

En realidad a Dácil nunca le inculcaron estas ideas en la cabeza; pertenecía a una familia de clase burguesa de las que se suele decir que “son buena gente”, pero nada más. En cuanto a Fernando -señorito de provincia, incluso con un título nobiliario por línea materna- no es nada de extrañar que diese su voto a un partido de derechas. Cosa no explicable del todo cuando en muchos casos como el de Fernando, los descendientes de dichas familias se vuelven contestarios.

Lo más importante hasta ahora es que ninguna de sus hijas ha corrido la suerte de Tirma Betancor. Han cumplido el juramento que hicieron de niñas.

A los cuatro años de matrimonio civil, Dácil y Fernando deciden legalizar su unión ante Dios y ante el hombre, como ellos dicen. No quisieron hacer una boda pomposa por considerarlo impropio y sensacionalista, y se casaron en la capilla del Colegio de las Dominicas un día cualquiera de verano a las ocho de la mañana. Sólo asistieron los testigos y familiares muy próximos. Por la tarde esas mismas personas fueron agasajadas en casa del matrimonio con una copa de champán.

Minerva y Alfonso continúan su unión que al cabo de cuatro años empieza a hacérseles un poco difícil. Tienen problemas de intimidad que no tenían antes o que



muchas veces ambos callan en vez de poner las cartas sobre la mesa.

Minerva es más afectiva que apasionada y exige mucho a su compañero a la hora del lecho. Pero es el caso que Alfonso es más apasionado que afectivo, lo que crea un desajuste serio en la pareja.

La intuición de Minerva y su sentido común le profetizan que irán a acabar mal. Estaba convencida que como él no encontraría otro. Alfonso está cada vez más despegado, llega de madrugada, cosa que antes no hacía en casa por consideración a ella. Rechaza a veces los platos que ella le presenta. Le insinúa que se vaya de viaje a Tenerife a ver a su hermana. Se va él solo con amigos durante una semana a Fuerteventura.

Cada vez se comunica menos con Minerva y cuando lo hace es para estallar en cólera, cosa que a ella la hace llorar amargamente y a él exasperarlo. En una palabra: quiere liberarse de ella y no puede.

Espera que Minerva dé el paso para sentirse menos culpable o porque es más cómodo; pero ella se venga y se dice para sus adentros: "si hay que dar un paso definitivo, lo das tú".

Al cabo de cinco años de unión llenos de rosas y de espinas -más de éstas que de aquéllas-, una tarde estalla la tormenta. Lo peor es que Minerva no lo esperaba. Él aprovechó la excusa de que faltaba el periódico, obligación que ella se echó desde el principio, para

montar en cólera. La conminó a que fuera a traerlo; hacía tiempo que la había convertido en su criada, pues como egoísta y comodón no había otro, y como ella le contestase que de mala gana lo iría a comprar, más iracundo se puso el señor.

Aquella tarde fue desesperante para Minerva. Se dio cuenta de que todo había llegado a su fin y se acordó enseguida de su madre. ¿Cómo había podido aguantar durante largos años a un hombre tan déspota cuando ella con sólo un año largo creía que el mundo se le venía encima?

A las diez de la noche Alfonso salió del apartamento donde habían compartido todo. Minerva quedó llorando hasta las cuatro de la madrugada, pero de tal manera que no quería que los vecinos la fuesen a oír. Era incapaz de aguantar el llanto que se iba haciendo cada vez más ruidoso.

Se despertó tremendamente deprimida deseando morir. Durante todo el día no se levantó de la cama. Cuando llegó la noche y fue a orinar al baño, casi se cae desfallecida. Se lavó las manos, enjuagó la dentadura y se tomó cuatro sedantes en un vaso de agua. Así y todo durmió malamente.

Cuando se despertaba cada dos o tres horas, se acordaba de su madre. Se llegó a preguntar horrorizada: "¿me iré a parecer a ella?". Le parecía imposible, ella que había tratado a tanto hombre; al fin y a la postre su madre sólo conoció uno.

Le vino a la cabeza lo que su hermana Tirma le dijo en una ocasión: “las mujeres nacidas bajo el signo de Géminis difícilmente se enamoran, son donjuanes con faldas; pero cuando lo hacen, se enamoran hasta los tuétanos”. Qué razón tenía su hermana. Desde entonces empezó a creer en el horóscopo.

Al cabo de tres días Minerva decidió levantarse de la cama. Se tomó un tazón de café fuerte -ya que no tenía apetito alguno- para poderse tener en pie bajo el efecto de la cafeína. Se dirigió a un siquiatra amigo con intención de que le agenciara un centro donde internarse, pues se encontraba en un estado de apatía tal, que era incapaz hasta de tomarse los sicofármacos.

El siquiatra le recetó un tratamiento provisional para seguirlo durante diez días, mejor en casa de su madre; y en caso de no sentir mejoría le indicó que volviese por la consulta. Lo que Minerva no comprendió fue que le mandase a casa de su madre. ¿A casa de una sicótica? Será para no curarse nunca -pensó.

Lo que al médico no le cabía en la cabeza era que no echase mano de motivaciones, máxime siendo una mujer rica en potenciales. Tenía donde escoger: pintura, canto, trabajos manuales, lectura, amigos a montones e incluso era aficionada a emborronar cuartillas.

Ella pensaba que cuando comenzase la temporada de otoño tal vez se animase a hacer una exhibición de pintura. Pero el asunto era que tenía que empezar desde ahora.

Veinte de octubre y Minerva expone con todo éxito en la Casa Museo Colón. “Tu pintura -al menos muchos de los cuadros- te translucen tal como eres”, fue lo que le dijo Antonio. Minerva pensó enseguida que ella puliría aquel diamante en bruto y ambos saldrían ganando. Serían ellos dos una naranja completa con el tiempo.

Su madre se llevó un disgusto y le recordó su consejo de años atrás. Minerva insistió en que no se había equivocado, puesto que no había tenido que ir al juez, ni a la Rota, ni gastar un céntimo.

“¿No te dije que a rey muerto, rey puesto? Pues eso es lo que he hecho. He sido consecuente y te aseguro que esta vez será mejor. Aprendí mucho con aquel desgraciado”. Minerva terminó diciendo que en cuanto al concepto que ambas tenían del amor y de los hombres no se entenderían nunca.

Antonio le regalaba flores a Minerva con frecuencia, perfumes suaves, libros de su gusto, la besaba por la casa cuando menos lo esperaba. Estos detalles la hacían muy feliz, pues Minerva era tremendamente sensible al halago y a los mimos. Pero se los devolvía con generosidad. Su lema era: el que me da el cien sabe que recibe el ciento por uno. Pero le fastidiaba que la idea de dar no partiera del otro.

Antonio fue el adorador de Minerva para el resto de su vida. La amaba como mujer y un poco como a diosa. Y esto es lo que a ella le gustaba, pues siguió siendo coqueta hasta los ochenta años.

¿Qué ha sido, a todas éstas, de Luis Tenesor? Pues niño burgués para niña burguesa. Se casó por la iglesia en la Catedral de Las Palmas, y la boda fue bendecida por el señor Obispo.

El novio iba tan condecorado como un ministro plenipotenciario; y la novia lucía un precioso vestido estilo María Estuardo confeccionado por un modista de alta costura de Madrid que la favorecía enormemente. Parecía una real y bella princesa. Tenía el cabello castaño claro con hermosos ojos verdes, tez ligeramene sonrosada y una expresión de persona caprichosa en la línea de los labios que le daban un sexy especial.

La catedral, ese recinto de un gótico perfecto, era una mera sinfonía de color y sonidos. Los jarrones de plata en el altar mayor aparecían colmados de fresquísimos gladiolos en blanco y malva.

En las partes laterales del presbiterio tampoco podían faltar las flores. Pálidos narcisos amarillos, suaves rosas de diversos colores; hortensias que parecían porcelanas azules convertidas en flores; blancas gardenias con sus hermosas hojas de esmeralda; hibiscos blancos con ribetes rojos -no podían faltar flores poco menos que representativas de esta tierra- y jacintos de un azul violáceo que ningún pintor sería capaz de plasmar en un lienzo.

Si maravillosa era la sinfonía de colores y aromas que ofrecía el mundo vegetal, no menos lo era la del mundo sinfónico. Ana Patricia -la novia- había escogido,

para la ceremonia completa con misa, la Misa de Coronación, de Mozart.

La misa de un compositor tan enigmático que supo asimilar las influencias más dispares y aun contradictorias; de un genio en el que se encuentran y quedan armoniosamente compuestas la polifonía antigua, la música barroca de la Alemania Central, las nuevas tendencias de la música instrumental de las escuelas de Viena y Manhein, la música de un genio precoz.

Tras haber firmado los testigos, los novios salieron a los sones del largo de Häendel lo mismo que la madre de Luis lo había hecho hacía veintisiete años.

La novia no pudo repartir su ramo ya que sólo llevaba dos hermosas camelias blancas de ligero aroma. Las pensaba depositar ante la imagen de la Virgen Negra de Polonia, de la que era muy devota y con la que harían un bello contraste. La boda de trescientos invitados fue celebrada en el Hotel Santa Catalina de Las Palmas. No pudo faltar el champán francés.

Luna de miel por el Caribe. Noches románticas en cálida playas para la pareja. Felicidad voluptuosa que respiraban hasta por los poros. Luna de miel inolvidable.

Un mes más y ya están de vuelta en Las Palmas. Luis Tenesor tiene que incorporarse a Importex, mientras Ana Patricia estrena su piso lujoso en la Avenida Marítima no sin antes haber contratado una buena chacha. Era capaz de llevar una casa con la ayuda de una

mano ajena; pero incapaz de realizar una faena doméstica por sí misma. Tan mal la habían preparado para vivir en el siglo XX.

Seguían creyendo en apellidos, caciquismos, clases sociales, feudalismos y todas esas cosas que no hacen sino empeorar la sociedad en que vivimos. Por la frívola mente de Ana Patricia no podía pasar la idea de que las cosas tenían que cambiar.

Como tardó un año en quedar embarazada, mataba el tiempo por las tardes tomando el té con sus amigas, jugando al cinquillo; otras veces matando horas en la peluquería, jugando al bridge en el Club Inglés y asistiendo a fiestas y más fiestas. Los sábados por la noche solía salir la pareja a cenar al hotel donde había celebrado su boda. La música de fondo amenizaba la cena e invitaba a mover los pies. Tras haber cenado, Luis y Ana enlazaban sus brazos y seguían el ritmo de la orquesta.

Ella recordaba su primera noche de bodas en dicho hotel. Recordaba cuando Luis con sofisticados modos le quitó la ropa, le besó las manos, se inclinó ante sus pies, todo de una manera demasiado versallesca. Pero ella pensaba: “¡qué fino! ¡qué hombre he encontrado! ¡parece un duque!”.

La cortesía formalista que le habían enseñado sus padres, el ambiente en que había vivido, las amistades que formaban su círculo. A la hora de la verdad Luis sólo pensaba en satisfacer su placer y dejar satisfecha a su mujer; pero era poco afectuoso. Era el clásico hombre de

“mi mujer en un altar”, aunque tuviese veinte mil aventurillas con mujeres de cualquier clase. Detallista, nunca olvidaba el aniversario de bodas, el cumpleaños de Ana Patricia, los lirios blancos que tanto gustaban a ella o el más chic de los perfumes de Dior.

Pero faltaba la chispa de la espontaneidad, aún a la hora del desacuerdo. En aquella casa todo estaba calculado. La hora del aperitivo, la hora del café exactamente quince minutos después de la comida, la frívola charla en esos momentos, la despedida de Luis con un beso en la mejilla acompañada del “hasta la noche”.

Al cabo de tres años Luis Tenesor y Ana Patricia eran padres de un niño y una niña a los que llamaron Juan -en honor del abuelo materno de Luis, venerado por todos sus nietos- y Patricia, por parecerse extraordinariamente a su madre. Parecía una verdadera princesa en su principesca cuna adornada con puntillas y tiras bordadas por doquier y que no dejaban ver de qué material estaba construido su pequeño lecho.

Ana Patricia busca otra limpiadora, pues piensa que con atender a sus hijos ya tiene bastante. Le ocupan mucho tiempo y no quiere que le falte el necesario para sus cuidados personales: ir a la masajista, acudir a un curso de Macrobiótica, nadar, asistir al salón de belleza una vez al mes y estar a punto para cuando llegue su marido.

La existencia de este matrimonio de mentalidad frí-



vola transcurre como la de tantos de los de su clase. No les cabe en la cabeza que, cuando sus niños crezcan, se codeen con hijos de menestrales o comerciantes de segunda categoría. Irán a los colegios de más renombre, los llevará el chófer privado, recibirán los mejores y más caros regalos cuando terminen el curso y se tratarán con los pocos miembros de la nobleza que hay en Las Palmas y con chicos de muchos apellidos.

Les harán creer que los que trabajan mucho para ganarse el pan de cada día son unos pobres hombres; que los que están detrás de una ventanilla están para servirles a los de su clase; que a los colegios del Estado no asisten chicos con buenos modales; que lo elegante es veranear en el chalet de Tafira de sus antepasados, al que le han colocado un escudo de piedra correspondiente al apellido Bethencourt por el Betancor de la abuela, para darle más tono.

En este ambiente familiar los cuatro hijos que tendrán Luis Tenesor y Ana Patricia saldrán unos remilgados y unos déspotas. Se dejan decir que pobres y ricos tendrá que haber toda la vida, pues así ha sido siempre; y que hasta la propia Iglesia Católica ha hecho gala de ello. Cuando a las manos del mayor, ya en sus dieciocho años, llega la *Populorum Progressio* del papa Pablo VI, se deja decir que aquel hombre tuvo que estar loco o era un comunista.

Los dos hijos mayores van a la universidad y allí toman contacto con grupos de estudiantes progresistas.

Luis Miguel, el mayor, lee a Marcusse, a Piaget, a David Cooper. Devora a los sociólogos franceses R. Barthes y el representante del marxismo "antihumanista" L. Althusser. La sociología del conocimiento aparecida tras el estímulo de la teología marxista de la superestructura después de los trabajos de M. Scheler y K. Mannheim, le subyuga; todo le va abriendo los ojos a un nuevo concepto de la vida y de la sociedad.

Se va creando sus propias ideas con la lectura de los franceses sobre investigaciones etnográficas Maliss y Levy Strauss. La sociología del trabajo industrial la encuentra en Friedmann, Naville y Touraina; la de la vida social y urbana en H. Mendras, P. H. Chombart de Lauwe; y la de la vida religiosa en G. le Bras.

Patricia, su hermana, sigue las huellas del primogénito; y, menos inteligente, lee lo que el otro le indica. Se asombra ante un mundo que no conocía, un mundo expresado en las teorías de esos grandes hombres. No hace falta decir que empezaron por estudiar a Augusto Comte.

Cuando sus padres oyen las conversaciones que tienen sus hijos al volver de Madrid con vacaciones de verano, les preguntan: "¿Es que se están convirtiendo en comunistas? ¿No saben que el comunismo atenta a la propiedad privada? ¡Estos chicos están locos!".

Sus padres siguen comentando que si para eso han ido a la universidad, en vez de hacerlo para convertirse en gente decente que rijan la sociedad del futuro.

La sociedad que ellos administran, la sociedad clásica y de consumo.

La tercera hija del matrimonio se va de religiosa de claustro en medio de los llantos y gemidos de sus padres que, tan católicos, decían que cómo Dios les robaba una hija de esa manera.

El cuarto llevará la formación que le dieron sus padres hasta la sepultura. Seguirá en el mundo de los negocios, irá al casino a jugar al billar, a las funciones religiosas de los Jesuitas y a brillantes fiestas de sociedad.

¿Qué ha sido a todas éstas de Juan Artemi? Psicológicamente no ha cambiado nada. El edipazo le puede de tal manera que ni se da cuenta de que es un ser patológico. Terminó su carrera de Arqueología, se dedica a la investigación; y cuanto menos comunes son los monumentos y objetos hallados por él, más llaman su atención. “¡Estos guanches eran grandes tíos!”, dice.

Regala alguna de las cosas que encuentra a su madre; lo cual la satisface mucho. “¡Cómo me recuerdas a mi padre, hijo!”. Insistiremos en que recordar es volver a vivir.

¿Insistiremos en que el antiguo chalet, en sus tapizados floreados, en los tibores colmados de flores, en el viejo piano olvidado, en el estanque y la llave oxidada? La fragancia del vaso.

Juan Artemi empieza a beber más de la cuenta. Un día media botella de ron, otro doce botellones de cerveza;

y otro la botella de ron completa. Comienza a faltar a su trabajo, a llevar una vida casi al margen de la ley, fuera de todo método. Su jefe tuvo que amenazarle con echarle del equipo en que trabajaba por mucha que fuese su valía.

No sólo se conocía desde Homero, padre de dicha ciencia, hasta Plutarco, Ateneo, Estrabón, pasando por Varrón, Plinio el Viejo, sino también el emperador Adriano, las colecciones de los medos y las excavaciones de Pompeya y Herculano.

Juan Artemi solía decir que sus dos pasiones eran las mujeres y la arqueología. Le encantaba ir a expediciones para extraer ánforas submarinas. En una ocasión pudo hacerlo a una muy importante en Palinaro, Italia.

Una tarde se le ocurrió a Tirma Betancor invitar a sus tres hijas a tomar el té. Ellas fueron encantadas, pues ese detalle no era nada común en su madre.

Cada una le llevó un regalito. Tirma, un frasco de agua inglesa de violetas; Dácil, una lata de un café especial que había encontrado en un supermercado nuevo; y Minerva, un diminuto cuadro pintado al agua que representaba una sola anémona. Como siempre, original.

Tirma Betancor puso una preciosa mantelería calada de merienda que le habían traído a su madre de Lanzarote de color azul celeste para que combinase con el juego de té de porcelana de Baviera blanco con florecitas azules y sus hojitas de un delicadísimo verde. Una decorativa hortensia rosa pálido dentro de una bola

de cristal ornamentaba el carrito de té. Este fue servido con sandwiches de berros, de pepino en pan moreno, otros de jamón y queso, galletas surtidas inglesas y tarta de manzana.

La conversación y la atmósfera fueron de lo más agradable. Nunca madre e hijas se sintieron tan unidas. Cada una de éstas habló de la vida que llevaba. La madre estaba complacida en que fueran felices a su modo -ya que ella sólo podía entender el suyo.

“Mamá, estás más joven y más guapa”, dijo Minerva; “¿todavía te gusta tanto leer?”. Su madre le contestó que después de su padre era lo que más le gustaría siempre. La charla se prolongó bastante después de la merienda.

Aparte de sus propias vidas, las chicas tocaron el tema social, hablaron de las injusticias y de lo mal que estaban repartidas las riquezas, del mal en el mundo y de cómo acabaría todo aquello. Cada una dio soluciones, puntos de vista, informes que habían obtenido en determinadas revistas francesas; y coincidieron en que no había derecho a que ellas fueran tan afortunadas mientras más de la mitad de la humanidad se moría de inanición. Dácil terminó diciendo que Dios pediría más cuenta en el día del juicio a ministros y gobernantes que a los ciudadanos comunes.

Se levanta la mesa. A las chicas se les ocurre echar un vistazo a las habitaciones desocupadas de la casa y se llevan grandes sorpresas. Encuentran bolsas de ropa sucia ocupadas con botellas de agua mineral, calcetines

con un par de naranjas, rifas pasadas de fecha y los objetos inútiles más difíciles de imaginar. La mayor no salía de su asombro, así como Dácil; pero Minerva recordó que cuando estuvo estudiando en la Universidad y regresó a pasar las vacaciones en casa, su madre le dijo que no pusiera la combinación en el cesto de la ropa sino en un cajón del tocador de su alcoba.

Como ella se extrañara, su madre insistió y Minerva le dijo de mala manera que nunca la había conocido tan desordenada. En otra ocasión encontró en un cajón de la mesilla de noche de su madre una imagen de la Virgen del Carmen monda y lironda de la mínima chispa de gusto artístico junto a media docena de higos pasados, un dedal de plata y tres recortes de periódicos de diez años atrás.

“¿Por qué coleccionará mamá estas cosas tan heterogéneas y de poco valor? Si al menos fuese coleccionista de monedas, de obras de arte, de relojes antiguos...”, pensó su tercera hija.

Al acercarse las tres a echar una ojeada a la librería privada de su madre por si había alguna novedad en ella, pudieron observar más cosas extrañas. En una rinconera que formaba dicho mueble y que estaba destinada a objetos decorativos aparecía una jarrita de cristal de Murano junto a una barajita comprada en una tienda de indios; una porcelana de Limoges al lado de una fotografía de la abuela dentro de un marco de madera de

pinsapo; un pequeño candelero de plata de ley junto a una imagen de basta escayola que representaba al Corazón de Jesús.

Sus hijas la llamaron y cuando le pidieron explicaciones del por qué de aquel popurrí y le preguntaron qué había sido de su buen gusto, ella, que nunca admitió un regalo que no fuese bello, exquisito, les gritó que fuesen a poner orden en sus casas, que allí mandaba ella y que no comprendía cómo encontraban antiestético el Corazón de Jesús.

Las chicas giraron sobre sus talones con los dedos sobre los labios abiertos en forma de o. Se cruzaron sus miradas significativamente y por fin bajaron ligeramente sus cabezas. Lo que hablan estos gestos no hace falta explicarlo.

¿Qué había inducido a Tirma, a nuestra protagonista, a convertirse en coleccionista de porquerías y a perder el sentido estético en parte? Porque ella seguía valorando y usando sus juegos de té de porcelana y sus cubiertos de plata de estilo victoriano sumamente señoriales en su decorativa austeridad.

¿Y qué decir de las flores? Nunca faltaron flores frescas de la estación en el interior de la casa. En hermosos ramos de flor única, combinadas armoniosamente, o incluso el típico ramo María Antonieta, donde cada flor era diferente en clase y colorido.

Parecía que había seguido un curso de Ikebana. Ahora aparecía de vez en cuando una flor de plástico an-

te la imagen con la disculpa de que la había comprado en la mejor casa de regalos de Las Palmas.

Minerva hizo la observación que había leído en un libro de Psicología, que muchas personas tienen la manía del coleccionismo y que decía que esto era una especie de neurosis. "Pero ¿más cosas raras padece mamá?", preguntó Dácil. Y añadió: "¿tiene eso algo que ver con el amor tan extraño que siente por papá?". Las preguntas quedaron sin respuestas.

Tras haberse sentado en el salón principal de la casa las hijas esperaron por Tirma. Todas asintieron en que no cambiarían nunca su salón más sencillo por este de su madre. Encerrada en una jaula de oro, encerrada en su jaula mental.

"Mamá, ¿no vienes?", llamó Tirma. La pregunta se hizo repetir tres veces tras la prudente espera, pero no hubo contestación. Se acercaban las ocho de la noche y como muchos años atrás cuando mandaba a Pino a abrir la puerta, la madre cambiaba ahora objetos de lugar, sillones, echaba un vistazo en el cuarto de baño para ver si estaba impecable, miraba los ceniceros que nadie usaba en la casa, entraba en su alcoba santiguándose y ni qué decir todo acompañado de palabras ininteligibles unas, inteligibles otras.

El murmullo llegó al salón y el bisbiseo se podía escuchar. Tirma iba subiendo el tono de voz y ésta se hacía más clara, de modo que las hijas pudieron oír palabras



sueltas como: amante, suegra, cama, mi marido... y luego frases: "te amo más que nunca". "Pero, ¿quién fue la imprudente que puso aquí el taburete canario para que Luis tropezara?".

"¡Vete para allá muerte!". "¡No allanes mi morada! Lo que pasa es que eres el ser más celoso que existe, pero nadie lo sabe sino yo desde que me uní a Luis en matrimonio y el cura te nombró marido mío. ¿Separarme tú a mi de él? ¡Estás loca! ¡Vete con tu dominio a otra parte! A mí no me vencerás nunca. Ni a nuestro amor. Hemos pactado amarnos más allá de tus fronteras".

"¡Mamá!" -gritó Minerva-. "¿Qué monologoste traes?". La madre entró en el salón en penumbra pero tuvo ánimo para decir: "nada, a mí no me pasa nada; ustedes son bobas..."

Las tres volvieron a mirarse de nuevo como un rato antes junto a la librería. La madre se sentó junto a Dácil, que era quien menos podía soportar los comportamientos de la que la puso en el mundo -e inició una conversación tal sobre su marido, su salud, su exceso de trabajo, su rectitud en el cumplimiento del deber, sus, sus... perfecciones que a las chicas les producía náuseas la charla. Sólo podían disculparla y comprender que era una enfermedad mental cuando se encontraban alejadas; pero se les hacía su madre insoportable cuando en presencia de ellas se mostraba como lo que era: una alienada.

Vuelta a la calma, hablan las cuatro de cosas fútiles

y por fin deciden levar anclas. Minerva se encargará de dejar a cada hermana en su hogar.

Durante el trayecto se hacen cruces pensando en el estado de su madre. "La misma que cuando yo tenía quince años...", dijo Tirma en un suspiro.

Tirma Betancor siente molestias por las mañanas y fuertes náuseas. Le duelen las piernas y hace dos meses que le falta la menstruación. Ha cumplido sus cuarenta y nueve años. Se conserva muy bien, pero piensa que la hora de la menopausia ya le ha llegado.

Como persisten las molestias decide ir al ginecólogo. Cuál no sería su sorpresa cuando éste, tras observarla, le dice que los síntomas son de un embarazo. Ella se echó a llorar diciendo que a buena hora, que empezar a criar niños cuando ya todos eran mayores, en fin, que no quería tener un bebé a aquellas alturas.

El galeno para consolarla la puso entre la espada y la pared. ¿"Prefieres que se te muera uno de los que tienes vivos o aumentar el censo de la familia con un hijo más"? Ante tal opción no había duda y Tirma se consoló.

El Dap test dio resultado positivo como era de esperar y Tirma volvió a vivir lo que muchos años atrás. No hace falta decir que no había cambiado nada en ella.

Ante Luistenía que seguir aparentando que un embarazo es cosa de risa, que las demás se quejan porque son unas neuróticas, que una mujer gestante no necesita cuidados especiales.

Hermann Hesse dice: "Él había amado y se había encontrado a sí mismo. La mayoría, en cambio, aman para así perderse". Y éste es el caso de nuestra protagonista.

Una mañana del mes de Agosto sus hijas son avisadas de que su madre ha tenido un hijo muerto. Ella había sentido unos síntomas que le hicieron presagiar algo, pero no quiso comunicárselo a Luis. Desde varios días no sentía a la criatura y no se le ocurrió ir al ginecólogo.

Cuando por fin se decidió, éste tuvo que extraer un cadáver de sus entrañas. Y, ¿si se hubiese muerto ella? Irresponsable hasta ahí.

¿Qué piensan mis lectores? O se tiene un hijo o no se tiene. Lo que no se puede hacer es quedarse embarazada y tomarlo como quien se bebe un vaso de agua.

El papel de padres es de mucha responsabilidad -no estoy descubriendo la pólvora- tanto en lo que a educación de los hijos se refiere como en el aspecto físico desde el momento en que la madre es consciente de que lleva un feto en su seno.

A los tres o cuatro días Tirma estaba fuera de peligro y lamentándose del niño tan hermoso, palabras suyas, que perdió. En el fondo le hubiese halagado demostrar a Luis que aún servía para concebir, que era tan mujer como a sus veinte primaveras y que a su edad eran pocas las que lograban quedarse preñadas. Sus ins-

tintos primitivos se agudizaban con el tiempo.

Al año del frustrado embarazo Tirma comienza a padecer desarreglos femeninos. Meses ve la regla después de no haberla visto tres meses atrás; éstas son abundantísimas y ella se alegra al tiempo que dice a su hija Dácil: "tuve este mes y a mi edad una regla tan bonita... La sangre era de color rojo escarlata y las compresas que tenía en casa no dieron avío para los siete días que estuve sangrando".

Pino tuvo que ir a la farmacia temprano el martes pasado, pues las sábanas amanecieron como si se hubiese cometido un crimen". Dácil no acababa de comprender a su madre. "Con lo molesto que es eso, yo estaría deseando llegar a la menopausia", pensó para sus adentros.

Tirma pensaba que el sexo es símbolo especial de juventud y atracción, un despedir ondas hacia su marido. Empezó a tomar anticonceptivos como hormonas. No quería verse en la situación de las que dicen: "ya tengo cincuenta y tres años y el sexo ha perdido interés para mí; ahora me voy a dedicar a ser una buena abuelita".

Después de leer "El informe Hite" muchas mujeres confiesan que disfrutaban más a los cincuenta y ocho años debido a disponer de más tiempo libre, a la completa libertad sexual y debido también a la superación de viejas barreras y tabúes.

Lo extraño es que ella crea que ha cambiado de manera de pensar en cuanto a la intimidad se refiere,

cuando nunca tuvo escrúpulos y al leer a Masters y Johnson se dejó decir que Luis y ella podían haber escrito el libro.

Un mes de agosto a sus cincuenta años Tirma tiene su última regla. No presentó ni un síntoma de los más comunes como: aumento de peso, de la pilosidad, adiposidad en las caderas, sofocaciones por procesos de vasodilatación, ni alteración de la presión arterial.

Sí se presentaron en ella traumas psicológicos al pensamiento de que para Luis ya dejaría de ser la de antes. Una mujer apasionada y entregada al máximo, destinada a hacerle feliz en el lecho, al dejarlo no satisfecho sino saciado.

Luis había tenido sus más y sus menos con otras mujeres, sus aventuras extramatrimoniales, pero ella nunca se lo creyó a pesar de haber llegado noticias a sus oídos. Registraba sus bolsillos, su escritorio y sus pañuelos con unas manchas de barra de labios. Nunca pudo encontrar el cuerpo del delito.

La vida de Tirma Betancor sólo seguía teniendo sentido en función del amor y la capacidad de entrega que ella poseyese por Luis y de las satisfacciones que recibiese de su parte. Para Tirma su intimidad con Luis, el calor de su piel que tanto la excitaba, eran algo tan dulce y fuerte al mismo tiempo, por lo que siempre se encontraba dispuesta a una relación. Ese elemento irracional y misterioso en la atracción sexual suponía algo ine-

fable para Tirma.

Cuando Tirma dejaba de tomar anticonceptivos, notaba que la libido aumentaba en ella, favorecida además por el sistema de venas y varicocidades tan complejo que poseía en la zona genital. Cuando nuestra protagonista leyó en un libro sobre sexología que la capacidad de experimentar el placer del amor es un atributo para toda la vida, lloró de alegría. "Ésto forma parte del ser mujer", pensó.

A Luis no le produjo impresión lo que le ocurría a su mujer. Sabía que era algo tan natural como alimentarse. Además estando tan conservada y retona no tenía por qué echarse a correr ya que le daba el placer y le gratificaba como en los primeros años.

Lo que sí hizo la vida imposible a éste fue el notar que ella andaba de inspectora con sus sospechosos, infundados y morbosos celos. Otelo mató a Desdémona, pero aquí no había ni siquiera el pañuelito dado en prueba de amor. Ni olor a perfumes, ni una carta que no fuese comercial.

Luis ya ha cumplido los cincuenta y siete y se encuentra en plenas facultades para realizar su trabajo. Tirma continúa ayudándole y ahora mejor que nunca, con más experiencia.

Pino sigue sirviéndoles. A pesar de sus sesenta y siete años está como un roble. Tuvo una proposición matrimonial diez años atrás y la rechazó. Dijo que para

borrachos ya había visto algunos en su familia. Se trataba de un vivales que deseaba ver en sus manos los ahorros de la buena mujer acumulados en tantos años de trabajo.

Cierto día Luis se encuentra muy mal en la oficina y le pide al contable que le lleve a su casa y a Tirma que le traiga un médico. Él cree que le ha dado un bajón de tensión, pues siente mareos y malestar en la cabeza.

A las doce en punto llegó el médico de cabecera de la casa. Como casi todos los buenos profesionales de la medicina cuando ven a un paciente con mal aspecto, le dice a Luis que lo que tiene es exceso de trabajo y que mejor cara no puede presentar. Con calma el doctor le toma la temperatura, la tensión arterial, le observa la lengua y palpa el abdomen.

-”¿Cree Vd. que tiene la tensión baja?”, pregunta el doctor Cabrera Marrero. -”Por los síntomas” - dice Luis con dificultad. “Pues sólo necesita estos comprimidos tres veces al día, precisamente porque está muy alta: 19 cm de máxima y 10 de mínima”.

El médico escribió la prescripción en la receta así como la dieta que debería llevar. Antes de salir de la casa advirtió que le llamasen si el enfermo no encontraba mejoría; en caso contrario, que se acercase él por su consulta para hacerle otra revisión a los quince días.

Llegó la hora de la comida y Tirma le llevó a la cama un menú diferente. Se trataba de unos lenguados a la

plancha con una abundante ensalada mixta, dos papas guisadas y cuatro cascós de pera en almíbar.

Luis protestó al echar en falta su botella de agua mineral, y Tirma le recordó la prohibición del médico de tomar abundancia de fluidos. "Ni médico ni nada. ¡Loca, bruja!".

Minerva estaba en aquel momento en casa de sus padres y dijo a su madre medio en broma medio en serio: "dale para que se muera, si quiere". Sus hijas ya habían comentado con su madre que su padre estaba aumentando de peso y que a su edad eso no era nada recomendable.

Tirma lo sabía, pero ¿quién podía convencer a un hombre tan dominante y amigo de hacer su voluntad aunque sólo fuese para llevar la contraria?

Por la noche Luis pidió su cena. Tirma le sirvió la chuleta de ternera más pequeña y unas pocas papas fritas. No quiso fumar. Gracias a Dios fumaba poco.

Aldía siguiente fue un drama a la hora del desayuno, pues quería el café cargado y que no le faltase la mantequilla inglesa. Tirma le servía lo que pedía y la pobre Pino tenía que aguantar las peroratas de su señora que decía estar ya harta, que no le hacía caso, pero "del dicho al hecho hay mucho trecho". Le hacía demasiado caso.

Precisamente si comentaba una y otra vez sobre la salud de su marido y sus impertinencias era por lo mucho que le importaba. A sus hijas las mareaba con la sa-



lud de su padre, pues ya el médico le había advertido lo que predisponía a enfermedades cardiovasculares el mantener la tensión alta.

Luis era metódico para los fármacos, pero en cuanto se sentaba a la mesa sólo le interesaba llenar su estómago como quien llena un saco de paja. De todas maneras mejoró con las grageas y el ceder un poco en las comidas.

Cuando Juan Artemi va a ver a su madre -y esto ocurre con mucha frecuencia- le dice siempre: “no te preocupes, mamá querida, yo estaré a tu lado en todo momento”. Tirma pensaba en aquellos instantes en el “hasta que la muerte os separe”. “Sois dos en una sola carne”.

Se sobrecogía de terror a la idea de quedarse viuda. “Seré una con Luis hasta más allá de la muerte”, pensaba.

Las hijas la visitaban con poca frecuencia ya que las amargaba con sus problemas sentimentales. Minerva es quien mejor la comprende, es decir, considera la situación. Aunque un poco más joven que sus hermanas y no tan inteligente como Tirma, sabe que se trata de una enferma y que su caso no es el único. Es consciente de que su madre padece locura de amor y -lo que es peor- no tiene cura.

Como sus hermanas observaban sus comportamientos cuando aún eran casi unas niñas, Minerva los

observaba ahora, adulta, y ve que éstos no han variado nada. El mismo rodar los muebles alrededor de las ocho de la noche, el mismo cambiar los objetos de lugar y el mismo oír el timbre cuando éste no había sonado.

Luis parece bastante recuperado. La tensión se le mantiene en 16 y no le produce tantas molestias, pero empieza a sentir trastornos de la micción. La cama amanece muchas veces mojadas y Tirma lo achaca a la cantidad de líquido que ingiere. Ella siempre se resistió a creer en las enfermedades, médicos y tratamientos.

Como Luis se sintiese cada vez más molesto, decidió visitar a un urólogo, el cual le dijo que suponía no tenía nada maligno. Puso locos a sus amigos y familiares médicos hasta que decidió ir a Madrid "para más seguridad".

Como allí le dijiesen que su enfermedad se reducía a una hipertrofia de la próstata y que el tratamiento de elección era el quirúrgico, regresó a Las Palmas con intención de que lo metiesen en el quirófano. Tras un tratamiento preventivo, tests, análisis, antiinflamatorios, todos con buenos resultados, Luis entra en el quirófano en las primeras horas de la mañana de un caluroso mes de julio.

Aunque se opuso a que su mujer fuese a la clínica -pues prefería que fuesen sus hermanas- Tirma hizo caso omiso. Se arregló lo mejor que pudo para que él la viese bella al despertar del efecto de la anestesia.

Quería impresionarlo como lo hizo a los dieciséis

años, pero a quien impresionó fue al urólogo. “¿Es usted una hija mayor de este señor?”, le preguntó. Ella sonrió algo divertida y le dijo que el señor era su marido.

El médico se llevó un chasco cuando Tirma confesó su edad. Por esta época ella no aparentaba mucho más de cuarenta, mientras que Luis parecía tener unos más de los cincuenta y siete que llevaba sobre sus costillas.

Cuando Luis despertó en su habitación empezó a quejarse y a llamar maricones a los que le habían hecho tanto daño. A las enfermeras las traía al trote pidiendo sedantes que él conocía y haciendo ascos a los analgésicos que éstas le administraban.

Una noche se quitó la sonda que tenía colocada y la hemorragia que se produjo fue tal que la sangre llegó hasta el suelo. Las acompañantes de las habitaciones próximas comentaban lo mal que lo debería estar pasando esa pobre señora con un marido tan latoso e impertinente.

Todo el tiempo que Luis estuvo hospitalizado, Tirma se mantenía despierta a base de coca cola a todo pasto. Por la mañana recibía el café que le traía su hermana Ligia. Era incapaz de tomar otro que no fuera el que su madre les enseñó a hacer. Lo tomaba poco azucarado.

Pasados cinco días Tirma apareció a primeras horas de la mañana por las puertas de Minerva. Era incapaz de hacer sus necesidades en un retrete que no es-

tuviese como el plato donde se come y el estar tantos días sin dar de vientre le produjo un estreñimiento que le recordó sus tiempos de embarazo. Tomó el mismo potingue de ciruelas -que aún se fabricaba- y éste hizo su efecto.

Ya está Luis en casa. La convalecencia no es demasiado molesta. Tirma le pone rosas rojas -símbolo de pasión- en su mesilla de noche cada dos días. Es muy solícita con su marido. Con tantos cuidados llega a molestarlo.

No comprende que no se puede ser insistona. Sus hijas cogen sofocones sin necesidad cuando van a casa de sus padres. Dácil es la más indiferente. "Que se las apañen, ella tan detallista y él tan grosero".

Minerva comentó que aquello no era detallista sino morbosa. Tirma asintió con su sabionda hermana.

Luis Tenesor casi nunca coincidía con sus hermanas por estar en la oficina con el culo a dos manos hasta las tantas de la noche. Solía parar el coche antes de las nueve de la mañana cada dos o tres días para ver a su padre unos minutos. Sentía por él tan poco afecto como de adolescente.

Ha pasado un mes y Luis está que parece le han quitado diez años de encima. Vuelve a la oficina un lunes con deseo de permanecer allí todo el día. Para él parecía haber sido hecho el refrán "el ojo del amo engorda al caballo".

Regresó a casa a las dos y media en vez de a las dos y Tirma duda: "¿le habrá pasado algo? ¿estará ena-

rado de la nueva secretaria?”. Luis estaba embebido en los dietarios, releyendo los “debe y haber”, inspeccionando los ficheros, mirando hasta el último número. Estaba enamorado de su lugar de trabajo, el lugar que le hizo convertirse en un burgués como su suegro, a quien nunca quiso y envidiaba su posición.

Primera noche de amor para Tirma después de tanto tiempo. Su ducha de siempre seguida de sus abluciones con colonia de violetas. El mismo nerviosismo por llegar cuanto antes al lecho conyugal.

Su camisón vaporoso que dejaba entrever las formas de una mujer aún joven y deseable. Su deseo ardiente que la consumía. “Éntra, Amor; francas tengo mis puertas para recibirte...”, fue lo que pensó al traspasar el umbral de la puerta de su alcoba.

Y al meterse entre sábanas le vinieron a la mente los versos del poeta: “Nuestro tálamo espera bajo un rosal florido” y: “Yo besaré tus labios tierna, cupidamente”, -“tus senos en mis manos, con languidez opresos”-.

Ya se encuentra en los brazos de Luis, que la desea como una fiera; como la ha deseado en tantas ocasiones porque necesita una mujer como ella. El mismo día se pregunta Luis si en ese deseo no irá también el desprecio. A ella no le pasan esas ideas negras por la cabeza.

A pesar de husmear tanto en su escritorio, cree estar segura de que la ama. No comprende que sus a-

migas vayan algunas tardes solas al cine, se reúnan a tomar el té o jugar a la canasta. Son minutos, horas perdidas, sin la presencia de Luis. Como absorbente no hay otra.

La noche pasada fue para Tirma Betancor de luna de miel. Su fresco cuerpo se volvía tibio al contacto con la piel de su marido. Este contacto era cada vez más íntimo.

Luis le rasgueaba en la espalda como si fuese una guitarra. Tenía una habilidad táctil asombrosa y sabía que al llegar al extremo inferior de la columna vertebral su mujer sentía una conmoción especial, una sensación maravillosa para ella. Tirma levanta la barbilla y besa el cuello de Luis, cuya piel ligeramente grasa posee un olor penetrante.

Ella lo olfatea hasta hacerle cosquillas con el aire expulsado por la nariz. Él la rechaza un poco después - le resultan molestas esas cosquillas- pero Tirma lleva en sus terminaciones nerviosas olfativas el aroma de su hombre. "¡Qué bien hueles!" le dice; "además, ese olor me excita maravillosamente".

Ahora Tirma está acariciando el cuerpo de su marido de arriba a abajo. Lo hace con sus suaves manos poniendo en ello un interés especial. Le gusta que él se sienta acariciado con cariño, suavemente, como si fuera un niño pequeño para luego cambiar el ritmo y hacerlo con pasión.

Ya no son caricias. Ahora se agarra fuertemente a sus brazos para estar más segura de que sus cuerpos se juntan. El calor de Luis la pone también al borde del éxtasis y el cuerpo de Tirma se hace también más deseable. Un minuto y han llegado a sentir un inmenso clímax. A Tirma cada vez que esto le ocurre le parece mejor.

¿Para qué mujer no resulta esa sensación renovada, antigua y diferente a un tiempo? ¿No es maravilloso que tengamos ese potencial tan vital? ¿No es maravilloso el ardiente amor carnal complacido en una sensibilidad hedonista?

¡Qué fantástico sentirse criatura de carne al mismo tiempo que un ser del ilusorio mundo del ensueño!

Tirma Betancor se ha despertado y se despereza. Se recrea pensando en la noche de amor que ha tenido. Sonríe feliz. Luis aún duerme y ella lo acaricia delicadamente pensando que entre sueños puede sentir el gozo al tacto de sus dedos.

Como le parece que aún su sueño es profundo, le da una especie de masaje circular en la espalda con cierta presión. Él comienza a moverse lentamente mientras ella continúa con un poco más de fuerza.

Al fin Luis abre los ojos, se los restriega y la mira. La encontró tan apetecible que no quiso levantarse de la cama sin antes gozar del amor de una mujer tan placentera. Complacidos ambos para el resto del día.

¿Y la eterna y monótona canción de administrar la

casa, revisar facturas, hacer pedidos, sentarse a comer, hacer la lista de la compra, salir a comprar un almohadón para sustituir el otro que ha quedado pasado de moda o que nunca gustó del todo a Tirma?

La eterna y monótona canción no lo es para esta mujer, puesto que su marido le compensa de todos esos afanes.

Me repito mucho si digo que Luis le tiene absorbido el seso, y cada vez más. Sus hijas no comprenden esa clase de amor a la edad de su madre.

Piensan que todos esos afanes son impropios de su edad. Que aquella pasión estaría bien a los treinta o a los cuarenta años, pero no ahora que ya es abuela. Los nietos le molestan como le molestaban sus hijos de pequeños.

Luis cumple cincuenta y ocho años un día cualquiera del mes de enero. Entra en la oficina puntualmente por la mañana. Al irse a sentar no llegó a hacerlo, pues cayó al suelo desplomado al tiempo que decía: “¡que me muero!”.

Había sentido la clásica punzada del pecho a la espalda. Uno de sus colaboradores llamó con urgencia a un médico que tenía su consulta enfrente. Éste le aplicó oxígeno, ya que la respiración era muy difícil.

La aparición del infarto tan agudo y fatal en la persona de Luis hace ceder sus infernales dolores sólo con morfina. El doctor dio un plazo máximo de cuarenta y o-



cho horas de vida, un plazo de cuarenta y ocho horas de esperanza.

Trasladado Luis a su domicilio, no tengo palabras para expresar cómo lo recibió su mujer. Armó un drama digno de tragedia griega. “¡Qué le han hecho! ¡El estaba muy sano! ¡Alguien que lo quiere mal le ha hecho daño mientras trabajaba!”

Me había olvidado decir que Tirma Betancor era muy supersticiosa, quizá porque de niña su abuela le contaba cómo en los pueblos de la isla antiguamente se veía entrada la noche un buen número de brujas montadas en escobas pronosticando que el señor Pepe sería colgado, que no podría dormir ni de día ni de noche, que sería tomado como un hombre que estorba, y que su fin sería mostrándose ante todos como un barco naufragado hecho una piltrafa humana, para su vergüenza y oprobio.

Tirma piensa que, si no los colaboradores, el médico lo ha drogado con sus grageas. Empieza una retahíla donde se nombra al diablo, al macho cabrío, rabos de lagartija, dientes de león, sangre de una virgen y un sinfín de cosas heterogéneas que deja a los presentes espantados.

Minerva es la menos vulnerable o se ha vuelto así al cabo de conocer a su madre mejor que nadie a lo largo de sus veintinueve años de vida. A Minerva le toca despedir al médico y recoger el informe de que su padre está grave.

El médico le encarga que procuren hacerle guardar el reposo indicado, la dieta alimenticia y llevar la prescripción al pie de la letra. Para entrenar a Pino -ya que aun siendo casi analfabeta tiene más sentido común que su madre- Minerva se queda allí durante dos días y le observa lo que hay que darle antes de las comidas y después de éstas, además de las dosis.

Con Luis no hay problemas pues tiene mucha fe en los fármacos. Lo peor de todo es que no va con él la idea de estar en cama. Como hombre de acción se cree imprescindible en la oficina y a los que se acuestan cuando están enfermos los considera gandules. A Minerva le cuesta convencer a su madre de que hay que cumplir lo dicho por el médico.

Un día, tras haber ella desayunado y entrar en su alcoba por si Luis necesitaba algo, se lo encuentra arreglándose para ir a Importex. Salió a la calle rápidamente para llamar al médico desde una cabina; el cual, al cuarto de hora, estaba en la casa haciéndose el nuevo.

"¡Pero, don Luis, usted está loco! ¿Es que quiere morirse antes de tiempo? Cumpliendo lo que le ha dicho puede vivir por años indefinidos; en caso contrario no puedo asegurarle los años o los meses que le quedan en este mundo".

Luis se quedó como un niño pequeño que ha hecho una trastada y le riñen, y Tirma muerta de horror al pensar en los "meses de vida" de su marido. Pero no como cualquier mujer al pensar en la pérdida del hombre de su

vida.

Se dice que es de los peores traumas por los que pueda pasar una mujer normal, idea a la que me adhiero. Pero en el caso de nuestra heroína es una señal más de su enajenación mental. Esta vez no grita, sino piensa para sí y monologa cuando cree que Pino no la advierte.

“Luis no se irá nunca. Si es necesario yo lo salvaré en contra de lo que digan los médicos. Si así y todo su pasar por este mundo llega a su fin, yo me iré con él y estaremos juntos por una eternidad. Nos amaremos como mis padres y gozaremos a la luz de la luna en la tranquilidad del camposanto igual que lo hemos hecho en nuestro tálamo. Tendremos un nido que nos aguarda lleno de flores suavemente olorosas y yo me le ofreceré casi tan alba como los mismos nardos y jazmines”.

Sin darse cuenta estaba repitiendo las palabras de Criselefantina, de Tomás Morales, mujer con la que siempre se sintió identificada.

Tirma se encarga un atuendo especial diseñado por ella misma. La modista -una de las de más renombre en la ciudad- se quedó algo extrañada aunque no totalmente, porque ya había oído rumores de que la señora de Importex no andaba bien del tino.

El atuendo consistía en unos tules negros y unas gasas que le envolvían el cuerpo un poco a modo de sari, pero con más holgura. El diseño era tal, que ella podría manipular su extraño vestido a su gusto.

Tanto podía aparecer del todo cubierta como una

mauritana, con sólo la cara escuetamente visible, o quedar semidesnuda a la vista de su marido, en un hermoso contraste entre el negrísimo de los bellos tejidos y su piel blanca. O echarse las gasas hombros abajo y aparecer como una Venus saliendo de la espuma del mar.

Se engalanaría con el dije de zafiro y brillantes, con pendientes de oro taraceados de plata y con una corona de diamantes. Sus albos brazos estarían libres de adornos para estar lista al primer abrazo.

Pensaba: "su brazo izquierdo bajo mi cabeza y con el derecho me abraza". Obedecía mecánicamente las órdenes de la modista; y estaba tan absorta en sus pensamientos, que aquélla tuvo que repetirle dos veces que por hoy ya estaba y que volviese dentro de dos días a las cuatro de la tarde.

Han pasado dos años cruciales en la pareja Luis-Tirma. Él no puede soportarla tan absorbente, tan insistona; y ya le resulta demasiado apasionada. A él no le apetecen las relaciones físicas sino de tarde en tarde y Tirma se desespera cuando lo requiere y él le da la espalda.

Consulta con sus hermanas y estas le dicen que eso les pasa a muchos hombres, que Luis ya no tiene treinta años sino el doble y que posiblemente las necesidades de su cuerpo ya no sean tan urgentes. Ella no queda convencida y empieza a sufrir una serie de frustraciones que no conocía.

vida.

Se dice que es de los peores traumas por los que pueda pasar una mujer normal, idea a la que me adhiero. Pero en el caso de nuestra heroína es una señal más de su enajenación mental. Esta vez no grita, sino piensa para sí y monologa cuando cree que Pino no la advierte.

"Luis no se irá nunca. Si es necesario yo lo salvaré en contra de lo que digan los médicos. Si así y todo su pasar por este mundo llega a su fin, yo me iré con él y estaremos juntos por una eternidad. Nos amaremos como mis padres y gozaremos a la luz de la luna en la tranquilidad del camposanto igual que lo hemos hecho en nuestro tálamo. Tendremos un nido que nos aguarda lleno de flores suavemente olorosas y yo me le ofreceré casi tan alba como los mismos nardos y jazmines".

Sin darse cuenta estaba repitiendo las palabras de Criselefantina, de Tomás Morales, mujer con la que siempre se sintió identificada.

Tirma se encarga un atuendo especial diseñado por ella misma. La modista -una de las de más renombre en la ciudad- se quedó algo extrañada aunque no totalmente, porque ya había oído rumores de que la señora de Importex no andaba bien del tino.

El atuendo consistía en unos tules negros y unas gasas que le envolvían el cuerpo un poco a modo de sari, pero con más holgura. El diseño era tal, que ella podría manipular su extraño vestido a su gusto.

Tanto podía aparecer del todo cubierta como una

mauritana, con sólo la cara escuetamente visible, o quedar semidesnuda a la vista de su marido, en un hermoso contraste entre el negrísimo de los bellos tejidos y su piel blanca. O echarse las gasas hombros abajo y aparecer como una Venus saliendo de la espuma del mar.

Se engalanaría con el dije de zafiro y brillantes, con pendientes de oro taraceados de plata y con una corona de diamantes. Sus albos brazos estarían libres de adornos para estar lista al primer abrazo.

Pensaba: "su brazo izquierdo bajo mi cabeza y con el derecho me abraza". Obedecía mecánicamente las órdenes de la modista; y estaba tan absorta en sus pensamientos, que aquélla tuvo que repetirle dos veces que por hoy ya estaba y que volviese dentro de dos días a las cuatro de la tarde.

Han pasado dos años cruciales en la pareja Luis-Tirma. Él no puede soportarla tan absorbente, tan insistente; y ya le resulta demasiado apasionada. A él no le apetecen las relaciones físicas sino de tarde en tarde y Tirma se desespera cuando lo requiere y él le da la espalda.

Consulta con sus hermanas y estas le dicen que eso les pasa a muchos hombres, que Luis ya no tiene treinta años sino el doble y que posiblemente las necesidades de su cuerpo ya no sean tan urgentes. Ella no queda convencida y empieza a sufrir una serie de frustraciones que no conocía.

Ella -que había sido capaz de aguantar gritos coléricos, insultos y malos tratos de Luis- es incapaz de aguantar un rechazo amoroso. Si Tirma intenta comenzar el juego acariciándole la espalda y el tórax, cuando su mano se posa suavemente en su vientre puede oírse a Luis :”¡Quita esa mano de ahí, loca!”.

Las coronarias de Luis están muy dañadas y la tensión no le baja de 20 cm. El infarto se repite de tal manera que la taquicardia ventricular se hace aparecer. El pronóstico es muy grave ya que además el edema agudo de pulmón le produce crisis violentas de disnea.

Tras un tratamiento intensivo Luis parece reaccionar. A las ocho de la noche ha mejorado su aspecto, aunque le cuesta mucho hablar.

“Vale más que calles, papá -le dice Minerva-. Así mañana podremos verte aún más mejorado”.

Aquella noche los hijos de Tirma y Luis trasnochaban en casa de sus padres. Apenas tienen ganas de cenar. Mientras la madre se toma un vaso de agua y después un vaso de leche con unas galletas, a sus hijos les da por tomar alguna fruta.

Pino se hace su tacita de tila en la que tiene mucha fe cuando vive situaciones negativas. “¡Qué guapas están las señoras. Quién diría que son las niñas que yo he criado. Como pasa el tiempo, María...!”

Siete y media de la mañana y un grito de Tirma se hace oír en toda la casa. Sólo puede decir :”Ah! ¡Ay! ¡Ay, Dios mío!”.

Sus hijos se acercan a su alcoba y pueden notar que la cara de Luis está lívida y sus miembros rígidos. Se miran unos a otros consternados. Cada uno da un beso en la frente a su padre.

A Luis Tenesor se le ocurre echarse el batín por encima y llamar al cardiólogo. A deducir por los datos que le da el hijo durante el trayecto, el médico supone que no hay nada que hacer.

Llegada a casa de los Suárez. Observación del doctor al difunto; aquél calcula y dictamina que Luis debió sufrir un paro cardiaco de siete a ocho minutos mientras dormía, lo que le produjo la muerte.

Sollozos y gemidos en la habitación. Lágrimas abundantes que hacen convertir los ojos de los doloridos en fuentes salinas. Gritos desgarradores de Tirma que no sabe llorar de otra manera. Su faz parece una máscara trágica del teatro griego. Se resiste a tomar agua con azúcar, tila con azahar y, mucho menos, los sedantes antidepresivos que le receta el médico.

“¡Dejadme a mí con mi dolor! ¡Mi dolor es mio y quiero llevarlo!”. Sigue a gritos que nadie le entiende, que sólo Luis la comprendió en su vida y que mucho mejor les hubiese ido si se hubiesen marchado lejos, a las selvas americanas o a la mismísima Siberia a vivir juntos su amor.

Dice ella que sus propios familiares han supuesto trabas y más trabas y que por eso el carácter de Luis se



avinagró algo. “¡Solos sí que hubiésemos sido felices!”, terminó sin poder respirar.

A las doce de la mañana entró el Obispo por la puerta de los Suárez a celebrar una misa de cuerpo presente. Fue por deseo de Luis, quien lo había comunicado ya al prelado unos años antes.

Tirma pudo seguir el oficio religioso ya más tranquila, pues le habían añadido los insípidos sedantes a una taza de tila que se le ocurrió pedir.

A las seis de la tarde del mismo día sale el lujoso féretro colmado de no menos lujosas e incontables coronas de flores de su casa del Paseo de la Cornisa. Numerosos acompañantes van al entierro. Unos hablan del último partido de la liga de fútbol; otros de la crisis económica mundial; algunos, de lo bien que querían los hijos a Luis; y otros, de lo mal que les va en los negocios.

Como dice una canción burlesca francesa: “es mejor ir detrás, pues van los vivos; mientras que el muerto va siempre delante”.

Los hijos de Luis son huérfanos que derraman silenciosas lágrimas cuando los restos mortales de su padre son inhumados en el panteón familiar. A su hija Tirma, sensible y de bondad natural, le vienen a la mente ideas de perdón para aquel hombre de quien dijo de niña: “con un hombre así no me casaré”.

A Dácil le ocurrió lo mismo, pero no estaba tan deprimida como su hermana. Ésta le dijo a su hermana ma-

yor: “tenemos que perdonarle, al fin y al cabo fue nuestro padre”. Minerva pregunta: “¿qué hablan?”. “Que hay que perdonar a papá lo poco bueno que fue con mamá; ella fue culpable de muchas cosas”, respondió Tirma Suárez por ambas.

Tras una corta estancia en el cementerio cada uno regresó a su casa no sin antes recibir las muestras de agradecimiento de los familiares.

La desdichada viuda no quiere comer nada. Sólo hace llorar y llorar. Dice que siente frío, pero un frío especial. Es la ausencia del calor del cuerpo de Luis lo que necesita. No hay manta eléctrica mejor para ella. A los pocos días Minerva, que se ha quedado a acompañarla por una temporada, la anima a dar un paseo por el campo. “¿Por qué no vamos a ver el estanque del chalet del abuelo? Tanto a ti como a mí nos traen buenos recuerdos de antaño”.

Pero Tirma Betancor está paralizada. Su ánimo está tan paralizado como su cuerpo. No hay quien la haga salir de su alcoba ni para bañarse ni para comer.

Pino le trae todos los días a la cama puré de verduras con huevo duro picado o carne y fruta en almíbar. Como a una enferma que estuviera convaleciente. La quería peinar y asear un poco en la misma habitación y Tirma alega que no necesita peinarse, que ella misma se estira el pelo hacia atrás con las manos y se lo sujeta con una cinta ancha de terciopelo negro.

Minerva sabe que deja a su madre en buenas manos: Pino, la fiel servidora, y Juan Artemi, que pasa varias horas con su madre cada día.

Una noche, cuando ya Tirma y Pino se habían acostado, ésta oyó el llavín de la puerta. La muchacha pensó que sería uno de los hijos de la casa y se dio la vuelta ya que estaba cayéndose de sueño.

Son las doce de la noche. Una figura femenina envuelta en paños negros ronda el cementerio principal de Las Palmas. Busca desesperadamente un hueco por donde penetrar, no hay ninguno; cree que se va a volver loca cuando al fin puede ver una puertecita entreabierta.

La traspasa presintiendo el mundo misterioso e insondable que hay allí dentro. Se coloca lo más bellamente que puede su traje de novia, -eso es lo que piensa ella- su fúnebre, y atrayente a la vez, atuendo de gasas y tules.

El brillante le luce mejor que nunca al caer justo al borde del escote del vestido. Los pendientes lanzan destellos suavemente luminosos al choque con los rayos de luna. Los zapatos tipo bailarina plateados le combinan muy bien con su excéntrico, aunque hermoso y favorecedor vestido.

Ya está junto al parteón de familia. Llama a Luis y le dice que se despierte, que ya ha llegado. Pero ni un sí, ni un no. Ahora habla un poco más alto y ve una figura de frente ancha y hermosos ojos negros. La abraza.

A ella le parece un abrazo frío, como de ultratumba, pero no lo rechaza. Luego pasean cogidos por la cintura. Se besan apasionadamente, besos interminables, sublimes, que le hacen estremecer.

Ella oyó como él la llama amor, mi niña, reina. Tirma se separa de él para verlo mejor y decirle los mismos piropos: mi rey, mi amor, mi hombre. La especie de túnica que lleva se le entreabre y deja ver sus blancas carnes y su aún tersa piel.

Al avanzar hacia él luce una hermosa pierna que comienza en lo más bajo del abdomen y termina, torneada, en un pie con unas uñas perfectamente pulidas. Luis se siente atraído terriblemente por esas carnes tan seductoras, la tiende en el suelo y viven su amor como en otros tiempos.

Las ardientes palabras que Tirma oye de la boca de Luis la hacen palpar de emoción. Todo se repite. Lágrimas de felicidad, suspiros de ansiedad colmada, apasionados abrazos. Comunicación por el amor y la pasión.

Con el día cuenta a Pino lo que ella cree que ha sido su vivencia de la noche anterior. Le cuenta que le ha hablado, dicho palabras apasionadas, que la ha abrazado como antes y que está convencida de que la sigue amando.

La muchacha no sabe si echarse a correr o encerrarse en la habitación. Opta por esto último. Se santigua mientras dice en baja voz: "La señora está loca".

Tirma desayuna y vuelve a su vida normal. Ya no tiene interés en ir a la oficina. Malamente se arregla para estar en casa y pasa muchas horas leyendo.

Va recuperando el apetito poco a poco y ahora permite que Pino cocine. Después de comer hace su siesta de una hora, pues quiere presentar buen aspecto cuando visite a Luis.

La visita nocturna al cementerio se repite. El mismo extraño atuendo, el mismo llamar "amor" a Luis, los mismos besos. Y Tirma se siente casi más feliz que en vida de su marido. La imagen que presenta nuestra heroína es a la vez tan hermosa y como tétrica.

Otro día más para oír Pino lo que le cuenta su señora y otro día más que da que pensar a la buena mujer: "¿Seguiré en esta casa? ¿Terminaré yo igual?". A la pobre mujer se le ocurre poner a sus hijos al corriente de lo que está pasando.

Tirma Suárez y Orlando deciden que deben llevarla a un buen siquiatra. Su madre se resiste repitiéndoles la misma historia que a la muchacha. "No lo podrán creer, pero me ha amado tanto anoche...". "Está vivo para mi. No está muerto como cree la gente".

La hija se queda de piedra al ver cómo desvaría su madre; desvariaba desde que la chica mayor tuvo quince años, pero nunca pensaron que fuera a llegar a tanto. Tirma Betancor repite una y otra vez lo que vive cada noche de amor renovado.

A media noche puede verse todos los días a una mujer que se enamoró a sus dieciséis años, que se alienó totalmente al enamorarse de una manera morbosa; que sigue enamorada más allá de la vida y de la muerte, que padece locura de amor incurable.

Esta figura femenina, alhajada, vestida de gasas y tules negros, ronda el cementerio principal de la ciudad como un fantasma o un aparecido.

Alguien que tuvo necesidad de pasar por allí una noche se echó a correr helado de terror. Pero ella no es de temer, no hace daño a nadie. Sólo va buscando la felicidad que le dio un hombre a sus dieciocho años y cumpliendo su promesa de “todo por Luis”.

Es la misma mujer alienada de hace más de treinta años.

**ULPGC. Biblioteca Universitaria**



**\*752513\***

**BIG 860-3 ATL tir**

Animada por otra persona de la talla de Agustín Millares, cuando se dio cuenta estaba escribiendo su diario íntimo que aparecería publicado con el nombre de “*Diario de una mujer liberada*” y con el seudónimo de Electra Betancor.

Después de esta experiencia, tiene una época bastante fecunda de colaboración en distintos periódicos de las islas, con artículos en los que denuncia las injusticias y los atropellos que se cometen contra las personas, haciendo gala de un inmenso corazón y de un gran humanismo y una defensa tenaz por todo lo canario.

Luego dejaría pasar unos años y se decide a escribir una novela, “*Tirma Betancor*”, ésta que ahora el presentamos.

**OSÉ ALMEIDA**

---

*No me ates las manos  
al aire que tú vuelas si yo sangro silencio,  
si tu vida en la mía no merecen  
las alas que tú cantas,  
si soy la reja negra del encierro,  
la eterna soledad donde se ocultan  
los párpados cerrados de la noche.*

*Perdóname el amor que por ti siento  
si hundido soy el canto que te sufre*

**José María Millares**

*Las flores del nomeolvides  
el puño del viento arrastra.  
Las siemprevivas de amor,  
del buen amor no se ajan.*

*Mientras mi memoria dure  
florida en amantes ramas,  
el cierzo cruel de la muerte  
no me apagará mi llama.*

**Francisco Tarajano**

*Uno siempre había esperado y por fin llegaste  
como una ola alta de luz a inundar  
las orillas tenebrosas de mi oscuro ser.  
Y llegaste por fin, magnífica,  
distinta, como un incendio inmediato  
a quemar las nubes de mi desolación  
a convertir en cenizas los secos rastros  
de mi locura.*

**José Almeida**





**ISLAS CANARIAS, 1993**